

13 LA ORGIA DEL CASERON


escalofríos de
TERROR
RIP

RALPH BARBY

LA ORGÍA DEL CASERÓN

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR N.° 13

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 – Barcelona

ISBN: 84-7750-048-7
Depósito Legal: M 10184-1988

1ª edición: mayo, 1988

Fotocomposición LOSER, S.A.
Puerto Príncipe 24.
08027 - Barcelona

Imprime LIFUSA
Esplugues - Llob

Distribuye R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca - Sector B
C/B nº2 11.
0804 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

La noche era cerrada, tan cerrada que oprimía algo dentro del cuerpo, lo mismo podía ser un órgano que el estado anímico. Comenzaba a nevar, eran unos copos muy finos y brillantes, miríadas de minúsculos copos.

La luna debía de ser grande y redonda por encima del cielo oscuro, encapotado y frío.

Maximiliam Blade subió el cuello de su abrigo oscuro para protegerse mejor del frío mientras los diminutos copos se posaban sobre su sombrero de fieltro negro, pero había más frío dentro de su sangre que en aquel suelo que estaba siendo excavado por los dos hombres cubiertos con viejos anoraks.

Habían comenzado silbando, y ahora jadeaban, y entre bufido y bufido soltaban alguna obscenidad que no hacía reír a nadie.

Maximiliam Blade, quieto como una estatua más del cementerio, les veía cavar y cavar en la fosa.

Él iluminaba con una linterna cilíndrica de goma negra que apretaba entre los dedos de su mano izquierda, volcando el haz de luz hacia el interior de la fosa según le pedían los dos hombres malcarados, de miradas torvas y enrojecidas por el hábito de la bebida.

La mano derecha de Blade se hallaba hundida en uno de los bolsillos del abrigo. Aquello era áspero y horrible… Lo mantenía oculto dentro del bolsillo como si éste fuera una minúscula fosa de cementerio, oprimiéndolo hacia el fondo como si temiera que de un instante a otro pudiera surgir hacia arriba, como el globo de feria que escapa de la mano de un niño que lo ve huir hacia el cielo, arrancándole el llanto.

Más, allí en el recinto del camposanto, en medio de la noche cerrada y lóbrega, aquella noche gélida en que nevaba finamente,

no sería llanto sino pavor, un pavor que haría crujir las mandíbulas de quien pudiera verlo.

Maximiliam Blade apretaba y apretaba hacia el fondo del bolsillo de su abrigo, como si temiera que de un instante a otro no pudiera ya esconderlo y saltara hacia arriba, sorprendiéndole incluso a él mismo que sabía lo que era aquello.

—Maldita sea, esta tumba hace por lo menos dos meses que tiene la tierra echada —se lamentó uno de los hombres, sepulturero de día, beodo de noche.

En aquella noche, volvía a ser sepulturero, pero sepulturero furtivo, lo mismo que su colega, por un buen puñado de billetes.

Maximiliam Blade había sabido buscar a los dos hombres idóneos.

Los había seguido, acechado y abordado entre copa y copa. Les había dicho lo que pretendía sin ambages; le habían replicado lo peligroso que podía resultar aquello sin permiso oficial, y Maximiliam Blade había puesto un fajo de billetes sobre la mesa, añadiendo:

—Otra cantidad igual al término del trabajo.

Los dos sepultureros se apresuraron a cubrir los billetes con sus manos y después de mirarse entre sí a los ojos, habían mirado en derredor para no ser sorprendidos por alguien.

Comenzaban a cometer un delito antes de llevarlo a cabo; comenzaban a sentirse culpables y por ello temían ser acechados, vigilados por alguien que pudiera enviarles a la cárcel.

—¿Qué espera encontrar dentro? —le preguntó el más viejo, secándose el sudor del rostro con el dorso de la bocamanga de su viejo anorac azul oscuro, sucio de tierra y que ahora empezaba a blanquear por aquella nieve que, debido a la baja temperatura, cuajaba.

—Sigan cavando hasta el final —exigió tajante, con una voz que al propio Maximiliam Blade le sonó lejana, casi con eco.

Le era difícil reconocer su propia voz, emitida allí justo al borde de la tumba que estaba siendo violada en medio de la noche.

Blade no sudaba como los dos sepultureros traidores por dinero, cuyo oficio era enterrar a la luz del día y no desenterrar en las sombras de la noche por los billetes venidos de manos de aquel joven pálido como la cera, casi barbilampiño, que no había revelado

su nombre.

—Quiero que abran el ataúd de Horace Pathros.

—El ataúd de ese tipo está bajo seis pies de tierra. Eso se dice pronto, pero es mucha tierra y le aseguro, joven, que nosotros cavamos con sentido de la profesionalidad. ¿Verdad, tú?

Había dado un codazo a su compañero cuando se hallaban en la taberna frente a unos vasos de vino barato, vino rojo, algo agrio y fuerte de alcohol, que olía tan mal en el vaso como en las hediondas bocas de los sepultureros.

Maximiliam Blade sentía frío, un frío que le congelaba los pies, la boca, los ojos y le encogía el estómago. Sentía las mandíbulas como alambres, duras y tirantes, y sentía como un viento gélido recorriendo sus venas.

Mas no hacía viento. La nieve caía fantasmalmente, como queriendo cubrir la profanación nocturna de una tumba, de la paz de un muerto que según la lápida se llamaba Horace Pathros.

Se escuchó un golpe inequívoco: la pala había dado contra la madera.

—Eh, tú, vamos a terminar pronto, ya hemos dado con la caja.

—¿Ha oído a mi compañero? Ya hemos dado con el ataúd.

—Sigan su trabajo, tienen que abrirlo, tienen que abrirlo —repitió Blade de forma mecánica, obsesiva.

Su propia voz seguía llegando a su oído, lejana y desconocida.

Sólo tenía que escucharse el ruido de las palas rascando la tierra, la tierra cayendo, las respiraciones agitadas de los sepultureros que ansiaban terminar pronto aquel trabajo que ellos sabían era algo sucio, algo que tendrían que ahogar en vino para olvidarlo, pero tenían dinero, y con aquel dinero podrían ahogarlo con el mejor de los vinos si era preciso.

Las palas rasparon la tapa del ataúd y limpiaron por el costado para poder abrirlo.

—¿Tiene la llave?

—Estúpidos, ¿cómo voy a tener la llave?

Los sepultureros se miraron entre sí. El más viejo, observando a Blade de reojo, rezongó:

—Creíamos que era pariente del muerto.

—Reventad la caja con la pala, con lo que sea, pero abridla de una condenada vez y que Lucifer os confunda.

—Bueno, bueno, no se moleste, abriremos la caja. Después de todo, ¿quién va a enterarse cuando le volvamos a echar la tierra encima?

Comenzaron a forzar el féretro de madera oscura. El cuerpo de los dos sepultureros impedía que la nieve se posara sobre el ataúd, mientras el filo de las palas trataba de introducirse entre el cierre.

Se escucharon ruidos, la caja se resistía. Al final, unos gruñidos de granos de tierra húmedos cogidos entre el pliegue de la madera y los cierres metálicos.

—Enfoque y verá de una condenada vez lo que desea ver.

El otro sepulturero gruñó a su compañero:

—Cuidado, va a salir gas apestoso. Tápate la «chimenea».

Aquellos dos hombres estaban hechos a todo, a todo menos a lo que iban a encontrar.

El haz de luz penetró en el ataúd, profanándolo.

Allí estaba el cuerpo que se corrompía, el cadáver agusanado de Horace Pathros, de aquel hombre al que Maximiliam Blade había conocido en vida.

Sí, allí estaba el cadáver vestido con un severo traje oscuro, con las manos ahora repugnantes cruzadas sobre el pecho que hedía de forma horrible.

Pero lo que atenazó de pavor a la mismísima noche, a la negrura, al frío y al tuétano de los sepultureros, fue mirar el cabezal del féretro.

La cabeza de Horace Pathros estaba separada del tronco y era pequeña, fantásticamente pequeña. Era una miniatura ensartada por la boca con una larga aguja de cabeza negra para que se mantuviera sobre la almohada en el lugar que debía de ocupar la cabeza normal.

Aquella cabeza reducida, cosida por las comisuras de los labios, con los ojos abiertos, les miraba horriblemente, con la larga aguja brotando de su boca.

Los dos sepultureros, avezados a todo, quedaron estupefactos.

Habían visto cadáveres corrompidos, calaveras con restos de carne, habían visto lo que a cualquier ser humano le haría vomitar impidiéndole dormir en mucho tiempo, pero aquello no lo comprendían.

—¿Qué significa esto? —balbucieron los dos hombres desde el

interior de la fosa.

Maximiliam comenzó a reír y a llorar a la vez. El terror no le dejaba mover las plantas de los pies de donde estaba, pero sí su mano que fue emergiendo del bolsillo hasta mostrar a los ojos atónitos de los dos enterradores, cogida por los cabellos, otra cabeza reducida exactamente igual a la que se hallaba clavada, como estacada por la aguja negra, a la almohada del féretro.

El enterrador más viejo comenzó a gritar de forma desaforada, como si aquella otra cabeza reducida se le fuera a echar encima.

Su compañero, incapaz de gritar, se le agarró al cuerpo temblando. Sacaba la lengua espasmódicamente mientras en lo alto de la fosa, enfocándoles con su linterna.

Maximiliam Blade les mostraba la otra cabeza reducida y seguía llorando y riendo mientras llamaba a alguien que, en su pavor, los dos enterradores no sabían reconocer.

La nieve seguía cayendo, y la cabeza reducida balanceándose en el aire.

El más joven de los dos sepultureros fue cediendo en su espasmo y entrando en agonía asido al cuerpo del viejo sin dejarle escapar, escurriéndose contra el ataúd.

El viejo, cogido por los pies, no podía escapar, era como si el muerto se lo impidiera, pero no era Horace Pathros, aquel cuerpo decapitado y con la cabeza reducida quien le atenazaba por los pies, sino el cadáver de su propio compañero que acababa de exhalar su último estertor mientras, arriba, una risa entremezclada con llanto, que no sonaba a cántico de niño desamparado, seguía llamando a alguien para que le rescatara de allí mientras la cabeza, sostenida en su mano, se balanceaba a impulsos de un viento que no existía.

Capítulo II

Leonard Blade era un articulista de viajes, costumbres y tipos.

Había escrito algunos cuentos e incluso le habían animado para que escribiera libros grandes, pero él había respondido que si *madame* Mort no opinaba lo contrario, lo haría más adelante, cuando pudiera arrellanar las posaderas en una buena butaca sin tener que correr a parte alguna o coger un avión apenas sin tiempo para comprar el billete.

Leonard era de familia bien norteamericana, pero como que se había independizado rápidamente de sus padres, decidiendo no proseguir sus estudios de leyes en Harvard, se le había calificado como la oveja negra de la familia y antes de que le dijeran que se tenía que ganar la vida por sí mismo, él ya se había colocado durante un par de semanas como lavaplatos en un lujoso restaurante al que acostumbraban a ir los Blade. Aquello había puesto muy furioso a los miembros de la familia.

Después, se había alistado en las Air Force, pilotando aparatos «Phantom». Pero si algo molestaba a Leonard Blade, esto era la disciplina y por ello había terminado con el ejército del aire, con un fuerte estrechón de manos y una larga lista de pequeñas faltas en su hoja de servicio. Sin embargo, sabía que sus superiores le apreciaban pese a que no estuviera bien decirlo en voz alta.

Había encontrado el telegrama en la casilla del hotel donde solía descansar sus huesos cuando un bandazo del huracán en que se movía su vida le enviaba a París.

«Leonard, te necesito. Maximiliam».

Aquel texto decía muy poco, pero era suficiente para Leonard Blade. Maximiliam era su hermano menor; siempre había sido algo

más debilucho, pero buen estudiante.

Le gustaban los trajes de seda y su madre siempre lo había cuidado con mucho mimo, especialmente al ver que a Leonard le interesaba más el *rugby* que acompañarla a las visitas de las amigas y conferencias aburridísimas que Maximiliam, en cambio, se tragaba con la misma facilidad que los bombones con que le obsequiaban todas las mujeres protectoras de los desvalidos de la ciudad, del país y del mundo entero.

Sin embargo, Maximiliam no engordaba. Se ponía ligeramente enfermo del pecho, venían los antibióticos, los cuidados extremos y seguía delgado pese a los bombones.

Pese a ser tan distintos, Leonard Blade siempre había apreciado a su hermano menor. Le había salvado de algunas palizas que otros habían querido darle, quizá por aquello de que era fácil propinárselas, ya que pese a ser alto era más bien estrecho de hombros y un tanto enclenque.

Fumaba un cigarrillo de un paquete de tabaco que ni siquiera recordaba en qué país lo había comprado. Su pasaporte estaba lleno de sellos y visados.

El pitillo era fuerte y sabía a tabaco también fuerte. Le venía bien en aquella noche fría, cuando el agua nieve que caía sobre el asfalto hacía que la gente desapareciera de las calles. Sólo automóviles, con sus ojos eléctricos iluminados, circulaban de una parte a otra de la gran ciudad, con cierto temor de que los frenos no respondieran adecuadamente.

A la estirada y sesentona mujer del ascensor que ascendía al mismo tiempo que Leonard Blade, no le parecía tan bueno el humo del tabaco que él estaba fumando.

Tosió ligeramente y el ascensorista dirigió una mirada hacia un rotulito plateado sobre fondo rojo que decía: «NO SMOKING».

—Señora, creo que a usted la he visto antes de ahora —le dijo, interpelándola abiertamente.

La mujer le devolvió la mirada, suspicaz. Aquel cigarrillo tan próximo a ella era obvio que la estaba fastidiando y se moría de ganas por decir que en el ascensor estaba prohibido fumar.

—Lo siento, joven, pero me temo que no nos hemos visto nunca.

—¿Usted no intervino en una película en la que Clark Gable…?

—¿Cómo dice? —Parpadeó ella.

—Verá, soy periodista y a mí una cara no se me despinta, claro que usted tiene algunos años más que entonces, pero quien tuvo, retuvo, es lo que se dice siempre y la vida no lo desmiente.

—Ejem, verá, ¿dice que en una película con Clark Gable? Pues yo…

El ascensor se detuvo.

—Piso veintidós.

—Lo siento, es una pena —suspiró Leonard Blade—. Otro día hablaremos, seguro que puedo hacerle una entrevista.

La mujer se quedó mirando al alto y atlético periodista que aún le pareció más alto, joven e interesante y muy buen periodista, de eso no cabía duda, aunque no supiera de quién se trataba.

—Un joven muy amable —pudo escuchar Leonard Blade antes de que se cerrara la puerta del ascensor a su espalda, reanudando su viaje hacia los pisos altos del lujoso edificio de apartamentos.

El 228 era propiedad de Maximiliam, un regalo de *mistress* Blade como fin de carrera.

Llamó al pulsador. Sonó un campanilleo interior y le llegó una voz a través de un interfono, preguntando:

—¿Quién es?

No cabía duda, era la voz de su hermano, pero tenía un tono extraño. Era tajante, expeditiva y recelosa a la vez.

—Soy Leonard.

—Pasa.

Leonard permaneció un instante pensativo. El portero del edificio ya debía de haber avisado a su hermano por el teléfono interior de que él subía en el ascensor. Sin embargo, seguía mostrándose receloso. En otro momento, Maximiliam habría salido a recibirle.

«¿Qué le ocurrirá?», se preguntó.

Empujó la puerta y la vivísima luz que había dentro del apartamento le hirió en. Los ojos.

Todo el piso era un ascua de luz. No sólo estaban absolutamente todas las luces encendidas, sino que, al parecer, habían colocado tres veces más lámparas de las necesarias, con bombillas y fluorescentes de máxima potencia.

—¿Qué significa tanta luz, Max? ¿Has preparado una fiesta? —Trató de bromear.

Descubrió a su hermano encajado en una mullida butaca de cuero negro de alto respaldo y grandes orejeras. No armonizaba con el aire modernista de la decoración, pero allí estaba y Maximiliam, encajado en ella, miraba hacia la puerta.

Dos cosas atrajeron especialmente la atención de Leonard Blade: las oscurísimas gafas que usaba su hermano, y la otra, una pistola automática «Chester-6» pavonada que empuñaba.

—Al fin llegaste, Leonard, creí que jamás recibirías mi telegrama. Te mandé veinte.

—¿Veinte? Vamos, tú siempre a lo grande, como mamá cuando enviaba invitaciones para sus fiestas. Se te pegó, muchacho.

Se acercó; se sentó en el brazo del sillón y le quitó suavemente el arma de las manos.

La observó, comprobando que estaba cargada. Le puso el seguro y se la guardó en el bolsillo.

—Ahora le vas a contar a tu hermanito el trotamundos qué es lo que te sucede.

¿Esperas que aparezca por esa puerta algún gángster a lo Corleone para hacerle cosquillas en la barriga con plomo?

—No te burles, Leonard, no te burles, por favor —pidió.

—Como quieras —aceptó al advertir un temblor acusado en los labios de su hermano.

Conocía aquel temblor en Max niño; era cuando sentía terror, cuando le habían vapuleado, cuando temía quedarse a solas en su habitación, pero creía que eso había quedado atrás, en los años de la niñez; sin embargo, el temblor era ahora más fuerte.

—¿Qué pasa con esas gafas, Max? ¿Te ocurre algo en la vista?

—No.

—Por lo oscuras que son, cualquiera diría que sufres fotofobia, claro que viendo la orgía de luminotecnia con que has llenado tu apartamento, es comprensible que te pongas esas gafas. Me temo, Max, que aquí no te vas a comer una rosca y no habrá chica que resista esto, salvo que sea del *strip-tease*, y ésas no son tu tipo.

—Siempre bromeas, siempre estás jocoso y desenfadado.

—¿Y cómo quieres que esté, como si me hubieran enterrado hoy?

—¡Noooo!

Maximiliam se había excitado violentamente. Quiso saltar del

sillón, pero las manos fuertes de Leonard le contuvieron, sujetándole por los hombros.

—Vamos, vamos, a ti te pasa algo y me lo vas a contar, porque si no quisieras contármelo no me habrías enviado veinte telegramas.

—Sí —se apaciguó Max—, veinte telegramas a todos los hoteles donde sueles ir. A París, Londres, Roma, Marbella, Beirut, Tokio, ya no sé adónde más. Eres como una langosta, siempre saltando de una parte a otra, de país en país.

—Voy dando saltos con los ojos bien abiertos para luego escribir lo que veo y enviarlo a mis editores. Es mi trabajo y también mi forma de vivir.

—Tú has visto cosas muy raras en este maldito mundo. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Cosas horribles?

—Sí.

—¿Desagradables y repugnantes?

—Sí.

—¿Cosas y sucesos que pueden causar terror?

—Depende de lo que uno considere terror, pero no te voy a negar que en algunas ocasiones he tenido un cosquilleo en las plantas de mis pies.

—Tú no sabes lo que es sentir terror, Leonard, no lo sabes.

—Por la forma en que hablas, tú sí pareces saberlo.

—He tenido un sueño, un sueño espeluznante. Me he despertado gritando. Han acudido aquí a ver qué me ocurría, me han traído a un médico y éste me ha dado un calmante.

Leonard Blade suspiró. Palmeó el hombro de su hermano y se levantó del brazo de la butaca.

Anduvo por el gran salón del apartamento y fue apagando luces. Su hermano quiso protestar, pero su mano quedó en el aire.

Leonard encontró una botella de *whisky* y se sirvió un trago en una copa de champaña de cristal de Bohemia. Estaba seguro de que la cristalería que se hallaba en la estantería era regalo de su madre.

—Bien, bien —paladeó. No se había quitado el abrigo todavía, en el aeropuerto se le había mojado algo con agua nieve—. De modo que me has llamado porque has sufrido una pesadilla.

—La he tenido cinco veces y creo que si vuelvo a soñarla me

moriré de terror, no podré soportarlo.

—Aquí hay varias cosas que no entiendo, Max. ¿Por qué no has recurrido a mamá y en cambio me has llamado a mí?

—Mamá tiene una lista de buenos psiquiatras y no quiero ver a ninguno. ¡No quiero verlos! Ya me hizo pasar por sus consultas en más de una ocasión cuando era un niño.

—De acuerdo, de acuerdo, pero el médico que te ha administrado el calmante te habrá recomendado que…

—Se lo cuente a un psiquiatra. Sí, sí, a todos les ha dado por vomitar sus vidas a los psiquiatras.

—Está bien, está bien. ¿Y papá?

—Tiene mucho trabajo, ya conoces sus ambiciones políticas y a ti no te traga porque en más de una ocasión te has metido con alguno de sus amigos.

—Yo les llamaría compinches de política y finanzas, pero dejémoslo estar.

Sacó el paquete de cigarrillos que tenía en su bolsillo y comprobó que sólo tenía un pitillo.

Observó que lo había comprado en Irán, eso debía de haber sido antes de dirigirse a París y llegar al hotel donde había hallado el telegrama.

Arrugó el paquete de tabaco vacío y lo metió dentro de la copa de cristal de Bohemia, también vacía, tomándola por papelera.

—Además, papá se lo habría contado a algún policía amigo suyo y yo no quiero ver a los policías.

—Tú no quieres ver a los psiquiatras ni a los policías; sin embargo, te aterra una pesadilla que se repite. Llenas el apartamento de luz y te dispones a no dormir para no volver a sufrir la pesadilla. Te compras una «Chester-6» y te preparas para agujerear al primer infeliz que cruce esa puerta sin que tú se lo hayas dicho. A lo peor, la finca se queda sin plomero o sin camarero. Max, ¿tan grave es eso de la pesadilla?

—Te la contaré, todavía no se la he explicado a nadie, pero aunque te la cuente no podrás experimentar ni deducir el terror que yo siento cuando la vivo en mi sueño, con todos los detalles.

—De acuerdo, de acuerdo.

Escogió otra copa de cristal de Bohemia. Luego, tomó la botella de *whisky* por el gollete sin quitarse el abrigo y con el cigarrillo en

la boca.

Ocupó en la butaca el lugar que había dejado libre su hermano. Estaba cansado, le dolían los pies y tenía sueño, pero aguantaría lo que su hermano tuviera que explicarle.

Después de todo, para eso era su hermano. Hacía tiempo que no dedicaba unos minutos a la familia, aunque para hacerlo hubiera tenido que recorrer tantos miles de millas.

Maximiliam Blade comenzó a pasear por la habitación como un lince recién capturado y enjaulado. Se había quitado las gafas y mostraba unas profundas ojeras rodeando sus ojos claros.

—Era de noche. Comenzaba a nevar y yo me hallaba al borde de una tumba…

Leonard consumió su cigarrillo, tomando más *whisky* de lo acostumbrado.

Al término de la narración, Max le miraba fijamente mientras él observaba la copa de cristal que hacía girar entre sus dedos, como pretendiéndolo ver todo a través de aquel cristal transparente, algo sucio por los residuos de licor.

—Y tú crees que eso es algo más que un sueño, ¿verdad?

—Estoy seguro.

—Conocías a Horace Pathros, ¿verdad?

—Era un catedrático en biogenética.

—¿Y sabes que está muerto?

—No, pero lo creo.

—¿Y por qué lo crees?

—En el sueño está claro.

—Mira, Max, lo mío no es descifrar problemas oníricos. Leí a Sigmund Freud a los diecisiete años y me convertí en psicólogo aficionado; comencé a pasarlo muy bien, pero la chica se lo tomó en serio y se puso histérica cuando le dije lo que pensaba de sus sueños.

—Esto no es una broma, Leonard. ¿Crees que te hubiera llamado si creyera que sólo es una pesadilla?

—De modo que estás convencido de que es mucho más que una pesadilla.

—Sí.

—¿Y tienes algo sólido para que yo también pueda creer que es más que un sueño?

Maximiliam fue hacia una pared. Apartó un cuadro y apareció una caja de caudales empotrada.

Manipuló con las ruedas numeradas y, al fin, la puerta de acero se abrió. Con cierto temor, Maximiliam Blade sacó una caja de cartón y se la tendió a su hermano, volviéndose inmediatamente de espaldas.

Leonard miró a su hermano de reojo. Tomó la caja y la abrió; estaba desprecintada.

Del interior de la caja extrajo una de aquellas cabezas reducidas, obra de los jíbaros de Sudamérica o dayaks de Borneo y que solían venderse a los turistas.

Aquella cabeza momificada tenía un aspecto repugnante. Leonard la cogió por el cabello, balanceándola en el aire.

—¿Ésta es la cara de Horace Pathros?

Maximiliam, sin volverse, asintió con un hilo de voz.

—Sí.

Leonard la examinó más de cerca.

—Vamos, Max, no seas chiquillo, si es una reproducción en plástico. Esto lo venden para engañar turistas, te han gastado una broma.

—Sé que ésta es de plástico, pero la que está en el ataúd, clavada con un larguísimo y horripilante alfiler de cabeza negra, es de verdad.

—Tonterías, eso te lo has imaginado tú.

Sonaron las campanillas del avisador de la puerta. Leonard miró hacia ella. Se acababa de abrir y apareció la figura de un empleado de correos.

—¿Señor Maximiliam Blade? La puerta estaba abierta —se disculpó, al ver que los dos hombres se fijaban mucho en él.

Max se le acercó. Le pidieron que firmara y pronto se encontró con una caja de cartón en la mano.

—Buenas noches —dijo el empleado. Más no se retiró hasta que Leonard le puso una moneda en la mano, una moneda que no supo si era una fracción de dólar o un franco.

¿Qué más daba?

—Leonard, Leonard, otra caja, otra caja… —balbució Max.

—Vamos, muchacho, calma. Si no quieres verla, nos acercaremos a la ventana y la arrojamos por ella. Como está

nevando, pasará poca gente por la calle y no le daremos a nadie en la cabeza.

—Espera, espera. No puedo resistirlo, quiero saber de quién es.

—¿De modo que estás convencido de que esta caja contiene otra cabeza reducida?

—Ojalá, ojalá me equivocara.

—Pronto lo veremos.

Con la uña de su pulgar, Leonard Blade cortó las cintas adhesivas que la cerraban.

Metió la mano dentro y notó el tacto de algo que no le gustó.

Su hermano le apremió con la mirada. Al fin, sacó el contenido de la caja y a Maximiliam Blade casi se le desorbitaron los ojos.

—¡Es Laura, es Laura, es Laura! —Y se desplomó a los pies de su hermano que mantenía en el aire, suspendida por los cabellos, aquella cabeza reducida que, sin duda alguna, era de mujer.

Aparecía horrible, repugnante; sin embargo, debía de haber sido joven y muy hermosa.

CAPÍTULO III

El pequeño cottage estaba ubicado dentro del complejo urbanizado para personal pudiente sin llegar a ejecutivos. Lo mejor de aquellos cottages, rodeados de parterres que por unos pocos dólares mensuales cuidaba el propio jardinero de la urbanizadora, con lo que uno no necesitaba comprarse la cortadora de césped ni otros útiles de jardinería, era su aislamiento unos de otros.

Leonard Blade detuvo el sedán de su hermano frente al cottage que ostentaba el número cuarenta y siete, pero allí no había nadie, al parecer.

Se acercaron a la puerta y comprobaron que los resquicios habían sido cubiertos con gruesas cintas adhesivas. Lo mismo ocurría con las ventanas y el hueco de la cerradura.

Miraron hacia lo alto y la chimenea estaba tapada también.

—Han clausurado la casa —observó Maximiliam nervioso.

Cerca de su hermano quedaba más patente la estrechez de sus hombros, comparado con su hermano que era un atleta nato.

Leonard se fijó en unos impresos rellenados con bolígrafo y pegados en puertas y ventanas, en los que podían verse varios matasellos.

—«Desinfección y desinsectación». Con razón no respondía nadie al teléfono —comentó Leonard.

—¿Qué crees que habrá ocurrido?

A la pregunta de Max, Leonard respondió:

—¿Decías que vivían dos chicas juntas, Laura y Linda?

—Sí, ambas tenían la «L» como inicial del nombre. Creo que se intercambiaban hasta la ropa más íntima aunque estuviera marcada.

—Vaya, vaya, con Max, creí que seguías atontado.

—Bueno, yo, no pienses mal.

—No, si no pienso mal, pienso bien. Vamos, iremos a preguntar al guarda de la urbanizadora.

Con el propio coche recorrieron las calles asfaltadas entre cottages y parterres hasta llegar junto a la entrada donde estaba la casita del guarda donde vivía éste con su familia.

Era temprano y salió a recibirles una mujer, en bata y casi con legañas en los ojos.

—¿Qué quieren? No hay cottages en venta.

—Cállate, imbécil —le increpó una voz masculina desde el interior.

Apareció un tipo que, de un manotazo, apartó a la mujer. Hacía frío, pero aquel hombre iba en camiseta.

Medía más de dos metros y no pesaría menos de cien kilos. Sus pantalones estaban sostenidos por tirantes y debían de ser una talla muy extraordinaria porque a él le venían algo grandes, quizá para sentirse cómodo y no irritar sus carnes.

—Bueno, si buscan un cottage… —Miró a ambos con picardía y bajó la voz para añadir—: Estos cottages aislados son lo mejor para tener niditos. Nadie se entera de nada, y yo soy muy discreto cuando me piden que lo sea.

Leonard Blade puntualizó:

—Queremos saber qué ocurre con el cottage cuarenta y siete.

—¿El cuarenta y siete? —Se rascó el cogote y por primera vez movió su cuerpo, como dando sensación de tener frío.

La mañana era desapacible. El cielo estaba encapotado y el suelo mojado, aunque no llovía ni nevaba. Tampoco había nieve por parte alguna, pero el vapor de la respiración se hacía visible cada vez que uno de ellos vaciaba sus pulmones.

—¿Cómo se han enterado de que pronto va a estar a la venta? Las noticias corren, sí, señor.

—Yo conozco a Laura y a Linda —dijo Maximiliam—. ¿Dónde están ellas?

El guardián arrugó el ceño, parecía que no iba a haber negocio.

Leonard, con muchas vivencias en el tuétano de sus huesos, sacó unos billetes que tendió al hombre. Éste miró primero el dinero y luego el interior de la casa, por si le veían tomarlo; después, se los guardó en el bolsillo.

—Laura murió y la otra chica ha decidido dejar el cottage. Ya

sabe, han vivido juntas, como hermanas. Fallece una, la otra no quiere seguir sola y se va a otra parte. Cuando unos vecinos se cambian, se hace la desinfectación, cosas de rutina. De esta forma, los nuevos inquilinos entran sin reparos. Los hay muy recelosos contra las enfermedades.

—¿De qué murió Laura? —preguntó Leonard.

—No lo sé —dijo el corpulento guarda, que debía de impresionar a los intrusos lo mismo que las fauces de un doberman.

—Algo sabrá.

Tocó los billetes en su bolsillo y repuso:

—La encontraron muerta y se la llevaron al hospital, ya saben que la policía no va publicando los chismes, pero no hubo crimen ni nada parecido. Fue como un pajarito que se cae un día del árbol y «plaf», lo encuentras muerto. Así es la vida.

—¿Dónde está ahora la otra chica?

A la pregunta de Leonard, el guarda respondió con otra pregunta:

—¿Son amigos, detectives o periodistas?

—Con los billetes que le he dado, creo que quien debe hacer las preguntas soy yo.

—Bueno, Linda Perkins vive en el mil veintidós de North Road.

—De acuerdo —dijo Leonard.

—Eh, oigan, ¿van a ver a esa joven? —Se frotó los costados del pecho con los brazos cruzados por delante del mismo—. Maldito frío, lo que hay que hacer por unos… ¿Van a ver a Linda Perkins?

—¿Le interesa saberlo? —inquirió Leonard.

—Es que tengo una cosa para ella. Aguarden, se la pueden dar en mano. Lo trajo un recadero y no tuve que firmar nada.

Al poco, el guarda regresaba, entregándoles una caja de cartón cuadrada, más bien pequeña.

Maximiliam dio un paso atrás; para él, el día se nubló aún más y el frío se hizo más intenso. Llegó a no sentir los pies, de puro helados.

Leonard Blade recogió la caja, leyendo el nombre y la dirección. No cabía duda, era para Linda Perkins.

—Está bien, se la llevaremos.

—Gracias —dijo el guarda, cerrando la puerta.

Su mujer le había dado un grito, quejándose del frío que entraba

del exterior.

—Leonard, ¿por qué has cogido esa caja?

—No es nuestra, pero si vamos a ver a Linda Perkins se la entregaremos en mano.

—¿Sabes lo que contiene?

—Trato de imaginármelo.

—Yo no quiero verlo.

—Creo, Max, que vas a tener que explicarme la relación de estas chicas contigo y con el profesor Horace Pathros. Por lo visto, tenéis todos algo en común.

Maximiliam Blade, como niño que evita una respuesta, hundió las manos en el bolsillo de su abrigo y le dio la espalda, dirigiéndose al automóvil.

Leonard comprendió que su hermano tenía un secreto, y debía de ser un secreto desagradable cuando temía tanto a los médicos como a la policía.

Parecía hallarse en un mar de confusiones y él debía de ayudarle.

Subió al coche y condujo en dirección a North Road, pero antes echó sobre el asiento posterior aquella caja cúbica y más bien pequeña que Maximiliam Blade no quería mirar; sin embargo, la vigilaba de reojo.

Por un momento estuvo tentado de preguntarle quién podía gastarle aquella broma macabra de enviarle cabecitas reducidas de plástico imitando rostros amigos, pero se tragó la pregunta.

Si Laura había muerto y posiblemente el profesor Horace Pathros también, la broma dejaba de serlo y no cabía más que pensar en algo muy serio.

Súbitamente, se cruzó en la carretera un enorme camión de transporte que salió de un camino vecinal sin respetar el «ceda el paso».

Como por el carril contrario venía otro automóvil a gran velocidad, Leonard se vio obligado a pisar el pedal de freno a fondo.

Los neumáticos chirriaron de forma escalofriante y el propio Maximiliam, de no haber estado cogido al cinturón de seguridad, habría saltado hacia delante.

Pero lo que sí saltó, rebotando extrañamente contra el cristal del parabrisas y yendo a parar a las manos de Maximiliam, fue la

maligna caja cuyo contenido no habían descubierto aún, pero que ya imaginaban.

Max comenzó a gritar de forma histérica, convulsionándose sin saber cómo desprenderse de la maldita caja que tenía entre sus manos y que semejaba pegada a ellas, pues no podía soltarla.

CAPÍTULO IV

Linda Perkins era una chica de abundante cabellera platinada que a Leonard Blade no le pareció natural de color, puesto que sus ojos resultaban demasiado oscuros y sus cejas y pestañas también, aunque no podía fiarse de aquellos detalles.

Lo que sí era cierto es que Linda Perkins tenía *sexy*.

Vestía un mono-*pantie* de jersey, totalmente ceñido a su cuerpo y de color amarillo.

Rompía la uniformidad de color un cinturón ancho y negro, con hebilla tipo pirata.

Linda Perkins fumaba tan abundantemente que podía parecer uno de aquellos grabados en los que se representaba a las locomotoras pioneras del Oeste, que echaban humo y vapor por todos sus intersticios.

Era muy posible que el humo del tabaco no llegara a sus pulmones ni a su estómago, que debía de esconderse bajo una tersa piel.

Linda Perkins era modelo, pero seguro que no encontraba un solo contrato en la alta costura. Según las normas vigentes, tenía unas libras de más, que si bien disgustaban a las exigentes damas, encantaban a los hombres, porque aquellas libras de carne estaban muy bien distribuidas en su atractiva anatomía y a juzgar por la cantidad de fotos clavadas con chinchetas por las paredes del reducido apartamento, Linda Perkins tenía bastante trabajo como modelo fotográfica, lo que equivalía a ser invitada a muchas fiestas particulares en las que hacían falta caras y cuerpos bonitos para animar.

—Ésa es Laura, ¿verdad? —preguntó Leonard Blade, señalando uno de los retratos en que se podía ver a las jóvenes extremadamente ligeras de ropa. Habían tapiado con bolígrafo el

anuncio publicitario que daba objeto a la fotografía.

—¿La conocía?

—No, pero…

—Ha visto alguna fotografía suya, ¿verdad? Debe de tenerla Max, un tipo muy… ¿cómo diría? Muy corto o tímido tu hermano.

—Sí, algo introvertido.

—Si está en el coche, ¿por qué no ha subido él también?

—Está durmiendo.

—¿Durmiendo en el coche?

—Bueno, entré en una farmacia; he comprado un somnífero y se lo he hecho tragar diciéndole que era algo así como una aspirina. Ahora está tranquilo.

—¿Es así como te libras de tu hermano? —le preguntó ella acercándosele de frente con las manos separadas del cuerpo. No se detuvo hasta rozarle—. ¿No me besas?

—No me gusta mezclar los sabores.

—¿Mezclar los sabores? No comprendo.

—Sí, fumamos marcas de tabaco distintas.

—Hum, muy fino escurriéndote. Te conozco, Leonard Blade, sé que eres muy listo, muy viajero y sagaz, y tus artículos se pagan muy bien. ¿Por qué no haces algo sobre mí, sobre Linda Perkins?

—¿Y qué podría hacer sobre ti? Por supuesto, no hay duda de que tienes un cuerpo muy hermoso y tu cara es atractiva, harías las delicias de cualquier sediento de amor, pero para hallar a una chica bonita, basta con acudir a cualquier concurso de belleza.

—Entiendo. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Hace unos meses participé en un concurso de belleza.

—Te llevarías el primer premio.

—Pues no, me rechazaron, ni siquiera estuve entre las finalistas.

—¿El jurado era de ciegos?

—Si hubiera sido de ciegos, al tacto, no me hubiera ido mal la cosa. Puedes cerrar los ojos y probar, verás el efecto.

—Oh, no, suelo marearme cuando cierro los ojos y hay mucha curva delante de mí.

—¿Eres de piedra? Dime, Leonard, ¿qué puedo hacer para que hagas publicar alguna fotografía mía? Mi cotización en el mercado subiría. Ya estoy harta de tener que ganarme los dólares asistiendo

a fiestas de ejecutivos gordos y ridículos que tienen a sus esposas a más de tres mil millas de distancia. «Linda es una modelo muy cotizada», se dicen. —Se volvió hacia el hombre con brusquedad y le preguntó abiertamente—: ¿Crees que soy una furcia?

—No.

—Entonces, ¿qué crees?

—No tengo por qué darte explicaciones ni creer ni dejar de creer nada. Es tu vida y haces con ella lo que te viene en gana. Por supuesto, te sentirías más a gusto haciendo otras cosas para ganarte la vida.

—La vida está muy achuchada. Las chicas que desean ser modelos florecen como langostas. Luego quieren ser maniquíes, artistas de cine. En fin, unas pocas llegan y millones nos quedamos en lo que yo hago.

—No será tanto.

—Bueno, tres cuartas partes quedan en peor situación, ésas sí tienen el carnet de furcia. —Se dejó caer en una butaca y chupó el cigarrillo como si quisiera terminarlo de una sola vez. Cuando pudo expulsar el humo, tenía los ojos enrojecidos—. En ocasiones me aterro pensando que puedo terminar como una de ellas y controlada por los matones de la Mafia.

—Sal de la pendiente, no sigas rodando.

—Es muy fácil decirlo, pero cuando se desciende rodando es muy difícil agarrarse a los salientes, a menos que surja un árbol por delante y la bola de nieve se parta en mil pedazos. Bueno, Leonard, tu hermano duerme y tú has venido a verme. ¿Qué quieres de mí? —De pronto, se tocó la sien—. Ah, sí, me preguntabas por Laura… Ha muerto.

—Eso ya lo sé, lo que no sé es de qué murió.

—¿Es muy importante saberlo?

—Si no me lo dices tú, tengo otros medios de averiguarlo.

—Me dieron la oportunidad de coger este apartamento algo más barato para que callara.

—¿Quién?

—Los de la urbanizadora, cuando les dije que iba a protestar y que además no seguiría en el cottage cuarenta y siete.

—De modo que ellos, en cierto modo, compraron tu silencio.

—Sí, así fue.

—Puedes decírmelo a mí. Palabra que no lo publico en ninguna parte.

—¿Y qué recibiré a cambio?

La miró de arriba abajo y respondió:

—Yo te daría muchas cosas, pero me temo que no son las que tú deseas recibir a cambio.

Linda Perkins le miró desafiante, casi cubriéndose parte del rostro con el cigarrillo, como queriendo mirar a través de él o medir al hombre tomando como referencia la verticalidad del cigarrillo.

—Prueba a decirlo, a lo mejor sí me conviene.

—Te he traído una caja. Me la ha dado el guarda de la urbanizadora.

—¿Una caja?

—Sí, al entrar la he dejado sobre unos discos.

Volvió al vestíbulo, que apenas lo era por sus reducidas dimensiones, y regresó con la caja, poniéndosela en la mano a Linda. Ésta se apresuró a abrirla mientras decía:

—Si te la ha entregado el guarda, a lo mejor es otra compensación de la urbanizadora.

Abrió la caja. Sus dedos actuaron rápidos, sin soltar el cigarrillo. Era una mujer de dedos ágiles, largos y estilizados.

Leonard la observaba desde una perspectiva más alta y pensó que en el concurso de belleza debían de haberla rechazado por los pechos.

No era frecuente que una chica, por aquellos días, los tuviera tan abultados como ella; sin embargo, eran fuertes y erectos.

Al sacar lo que contenía la caja, Linda miró la cabeza reducida sostenida por los cabellos y se puso pálida. Como si le costara reaccionar, soltó un grito, arrojó la cabeza y continuó chillando, mirando la cabeza reducida que rodó sobre la moqueta.

Leonard Blade cogió a la mujer con sus manos y la estrechó contra sí para darle confianza. Ella pasó de los chillidos a convulsivos sollozos, girando el rostro para no ver la cabeza.

Escondió la cara entre el abrigo del hombre hasta que se recuperó.

—¿Calmada ya?

—¡Maldito seas, Leonard Blade! —espetó con el rostro húmedo por las lágrimas y los ojos enrojecidos, manteniéndose de espaldas a

la cabeza reducida.

—No debes de odiarme a mí —puntualizó él.

—¿Ah, no? ¿Qué has pretendido con esta broma macabra?

—No es una broma, Linda. Esta caja me la han entregado para ti y no he sido yo quien ha metido esa porquería dentro.

—Pero sospecho que tú sabías lo que contenía, por eso has reconocido a Laura en la foto pese a lo monstruosa que se ve en esa asquerosa cabeza reducida. ¿Acaso habías abierto ya el paquete?

—Palabra que no.

—Pero lo sabías, ¿verdad?

—Lo sospechaba. Mi hermano ha recibido otra igual, por eso he tenido que darle un tranquilizante y ahora duerme dentro del coche.

—Ya, como tu hermano se ha puesto histérico, has querido que yo pase por la misma experiencia. ¿Es ésa tu forma de trabajar? ¿Hacer estallar al prójimo y luego, mientras salta en pedazos, se le hace una foto y a vender periódicos? Y los que no somos tan listos como tú, a ganamos la vida como podemos.

—Mira, Linda, yo quiero ayudar a mi hermano a resolver este lío de las cabezas reducidas y veo que tú también estás metida en él hasta el cuello, por eso hago preguntas. ¿Quién supones que ha podido mandar estas cabezas de plástico?

—Lo ignoro.

Leonard tuvo la impresión de que la joven acababa de meterse entre los labios lo que le restaba de cigarrillo para disimular el temblor de su boca, porque estaba seguro de que ocultaba algo como su hermano Max.

—Algo os une a ti, a mi hermano y también a Horace Pathros.

—No sé quién es ese tipo.

—Puede que sea uno de los que asisten a fiestas a las que tú vas como llamita luminosa y burbujeante para que los ejecutivos no se mueran de asco; sin embargo, me da la impresión de que esta cabeza no es la primera que recibes.

—¿Recibió tu hermano otra, acaso?

—La de Horace Pathros. Tú también, ¿verdad?

Linda asintió con la cabeza, de espaldas a él.

Se quitó el cigarrillo de la boca, lo aplastó contra un cenicero de cristal y añadió:

—Laura también recibió otra idéntica. Todavía debe de estar colgada en el cottage.

—¿Y la tuya?

—La tiré al incinerador, me repugnaba.

—¿A Laura le gustó?

—Era muy extravagante y le hizo gracia. Se rió de mi asco. Le dije que me repugnaba, pero ella insistió en que era de plástico.

—Es muy extraño que recibáis la imitación de la cabeza de Laura después de haber muerto ella, ¿no crees?

—Se conoce a mucha gente en mi profesión y siempre puede haber algún lunático suelto, algún morboso.

—Sí, pero me gustaría saber de qué falleció Laura.

—Le picó un bicho.

—¿Una picadura de insecto?

—Sí.

—¿Qué clase de insecto?

—Una araña, creo que dijeron una viuda negra.

—Una araña no es un insecto, es un arácnido —corrigió Leonard.

—Bueno, yo no llego muy lejos en el estudio, sólo sé que era una araña viuda negra, me acuerdo bien de lo de viuda negra. No me hizo gracia cuando me lo explicaron en la estación de policía. A Laura se la llevaron a la Morgue para hacerle la autopsia. Después ya no quise verla, los sádicos de la Morgue la despanzurrarían. Cuando una es bonita…

—Son médicos forenses.

—Lo que sea. ¿Tienes un cigarrillo de los tuyos?

—Veo que a ti no te importa mezclar los sabores —dijo él, bromeando.

—Cuando yo muera no quiero que me lleven a la Morgue; me da escalofríos pensar que me tenderán sobre una losa y se ensañarán con mi cuerpo.

—Sí, imagino que te gastas mucho dinero en cosmética, aunque no te haga falta, para que luego… Bueno, mejor no hablar de ello. ¿Estás segura de que fue una araña viuda negra?

—Eso dijeron, y yo no quise permanecer ni un día más en el cottage estando ese bicho suelto, por eso me largué y, para que no dijera nada, bueno, va sabes la historia.

—Sí, por eso he encontrado la casa clausurada. Debe estar llena de gas insecticida.

—Cualquiera sabe si ese bicho la diña como Laura. A lo peor fue más astuto y se largó antes de que convirtieran el cottage en una cámara de gas.

Leonard Blade permaneció callado. Recogió la cabeza reducida, que representaba el rostro de la fallecida Laura, y la guardó en el bolsillo de su abrigo para que Linda no volviera a verla.

Se produjo un silencio que a la chica se le antojó larguísimo.

—¿No dices nada? Vamos, habla. ¿No querías saber de qué había muerto? Pues ya lo sabes.

—Una forma muy extraña de morir. Por aquí no hay arañas del tipo viuda negra, aunque se supone que en algunas ciudades pueda haberlas por haberse escapado de colecciones privadas. Un terrario que las contiene se rompe un día, la araña escapa y no se vuelve a saber de ella. Uno desea que haya muerto, pero a lo peor estaba fecundada y se reproduce. Es una posibilidad, sin embargo…

—¿Queda otra?

—Sí.

—No me digas que crees en un asesinato. Ya tuve que soportar a la policía, pero a la muerte de Laura no se le ha dado el calificativo de crimen.

—La verdad, me gustaría saber de qué ha muerto Horace Pathros.

—¿Sospechas que también por culpa de una araña viuda negra?

—Mira, Linda, he corrido mucho mundo y sé que hay varias cosas coincidentes.

—¿Cuáles?

—Opino que quienes reciben las cabezas reducidas pueden sumarse a la lista.

—¿Qué lista?

—Digamos que a la de personas difuntas.

—De modo que crees que estoy amenazada de muerte.

—Si dices lo que sepas, puedes librarte. Si existe un lunático, intentaremos descubrirlo.

—¡Yo no sé nada, nada! —chilló.

—Bien, bien, no te excites. Todavía queda lo más interesante.

—¿Y qué es?

—Aunque los jíbaros no han sido los únicos en practicar el macabro arte de reducir cabezas como todo el mundo cree, pues también algunos occidentales lo han practicado con monos, comentándose que quienes lo han conseguido han terminado sus días violentamente, digamos que los convencionales reductores de cabezas son los jíbaros de la Amazonia y es en América del Sur donde se da esa clase de arácnido, me refiero a la araña viuda negra. Sé que en determinadas plantaciones de café y cacao, estas temibles arañas de picadura mortal han aparecido por millares, como una maldición, y nadie ha podido recoger la cosecha; una auténtica plaga. Son dos cosas coincidentes: una araña negra y alguien aficionado a la reducción de cabezas.

—Es que sólo son cabezas de plástico y eso lo puede hacer cualquiera con una máquina de moldear plástico. Hay automovilistas que llevan miniaturas de esa clase en goma o plástico colgando del cristal posterior de su coche, como una gracia para los nenes.

Leonard Blade recordó la pesadilla espeluznante de su hermano, pero prefirió no contársela a Linda. Después de todo, Max podía sufrir una pesadilla por culpa de la cabeza que había recibido. Él era más sensible y, al parecer, Linda también lo era. Laura no, pero Laura ya estaba muerta.

—Me gustaría saber cuántas personas han podido recibir esas cabezas.

—No lo sé, diez, quizá.

—¿Por qué diez? Anda, Linda, ¿por qué no te estiras en el sofá? Amortiguaremos la luz y me explicarás lo que sucedió. Será como si se lo contaras al psiquiatra.

—Es que tú no eres psiquiatra sino periodista y eso es más peligroso.

—Palabra que no publico nada. Esto es personal, trato de ayudar a mi hermano.

—Es peligroso —insistió Linda—. Las pacientes odian a los psiquiatras o se enamoran de ellos.

—Correré el riesgo. Si empezamos por abrir la puerta a lo sucedido, a lo que tanto a ti como a mi hermano os pone nerviosos, habremos dado un gran paso y es posible que hasta se pueda evitar alguna nueva desgracia.

—¿Evitar desgracias? ¿Es que crees que habrá más muertes por culpa de esas cabezas?

—Yo no creo que esas cabezas maten, más bien diría que son un aviso, quizá una amenaza.

—¿Y piensas que alguien puede llegar a recibir una cabeza reducida que sea mi propia cara?

Por un momento, en la mente de Leonard el rostro hermoso de Linda Perkins se convirtió en una de las horribles y repugnantes cabezas reducidas.

Apartó la idea violentamente, pero Linda, que le miraba con fijeza, semejó captar algo y preguntó:

—Leonard, ¿qué te pasa? ¿Qué has pensado? Dios mío… ¡Dímelo, dímelo!

CAPÍTULO V

Jimmy Crow fue quien nos llamó por teléfono.

Laura y yo atravesábamos una mala racha, no siempre llueven los contratos para hacer *spots* publicitarios.

Jimmy Crow nos prometió cien dólares a cada una. Yo respondí que ciento cincuenta y sólo de animadoras en la fiesta, nada más.

—Os conozco bien. Sé que sois buenas chicas y sólo hacéis un favor a quien os agrada, no sois del oficio.

—Nosotras no hacemos favores a nadie, Jimmy Crow, métetelo en la cabeza por si se te entrecruzan las ideas y llegas a creer lo que no es.

—Sólo se trata de una fiesta, lo demás es asunto de cada cual.

—¿Dónde es la fiesta?

—A las nueve de la noche, en el aeropuerto deportivo.

—¿Se celebra en los salones del aeropuerto deportivo?

—No, la fiesta será lejos de aquí.

—Oye, Jimmy, trampas no, ¿eh?

—No se trata de una encerrona, es una fiesta del excéntrico Saturn Rophiel.

Silbé de admiración y luego me quejé.

—¿Y para una fiesta de Saturn Rophiel, el millonario, sólo ciento cincuenta dólares?

¡Tacaño, más que tacaño!

—Las dos sumáis trescientos y tengo que atenerme a los presupuestos, muñeca.

—Podrías aflojar un poco más el grifo, tacaño.

—Imposible.

—Bien, ¿quiénes serán los invitados?

—No seas indiscreta. Ya sabes que las chicas como vosotras, cuanto menos sepan de los invitados, mejor, y ellos de vosotras,

otro tanto. Poneos ropa de coctel y estad en el aeropuerto a la hora en punto. Muchas sonrisas con los que vayan, si se quejan de aburrimiento no os contrato más.

—No protestes, tacaño, nosotras siempre respondemos bien, claro que si alguien se cree lo que no es, que se consuele emborrachándose.

Colgué.

A Laura le pareció bien. Nos pusimos ropa adecuada con un abrigo encima por si hacía mucho frío en el lugar donde se iba a celebrar la fiesta. En estos casos, una no sabe nunca adónde va a parar, especialmente si la meten en un avión particular.

Subimos al Pipper birreactor propiedad de Saturn Rophiel.

Laura y yo nos dijimos que teníamos mala suerte. Si un fotógrafo de prensa nos hubiera sacado una instantánea subiendo al avión particular de Saturn Rophiel, habríamos dado el golpe en las revistas de consumo, hay que cotizarse, pero nada, no había ni un mal fotógrafo y sí los matones de siempre, vigilando.

A medida que llegábamos nos apuntaban en la lista y nos hacían pasar al Pipper que aguardaba en la pista.

Allí ya había un camarero sirviendo champaña. En las paredes del aparato había colgados unos cuadros preciosos y el tapizado de las butacas era de pieles auténticas variadas, leopardo, tigre, cebra, marta, en fin, puedes suponer cómo se gasta el dinero un tipo como Saturn Rophiel.

Laura y yo flotábamos. Llegaron más invitados. Al fin éramos cinco mujeres y cinco hombres, aparte del piloto, su copiloto y el camarero, que era de color.

Sin embargo, Saturn Rophiel no estaba allí y no era fácil que se me despintase.

Le conocía bien por las revistas ilustradas; incluso, le había visto en alguna fiesta, pero él siempre se mantenía a distancia, como si nosotras fuéramos vulgares
call-girl.

Nos pidieron que nos abrocháramos el cinturón de seguridad y así lo hicimos entre bromas y chistes.

El aparato despegó. La verdad es que no sabíamos en qué rumbo íbamos, lo que sí recuerdo es que tu hermano Max era uno de los invitados.

Merodeaba cerca de Babby, la secretaria de Saturn Rophiel. Le lleva los asuntos particulares y no de negocios, por ello viajaba en el Pipper y Max parecía muy interesado por ella.

Las otras dos mujeres eran algo raras. Una era espiritista y la otra, para no sé qué, lo que sí era evidente es que no se tragaban mutuamente. Se tiraban continuas puyas y no parecían que fueran a divertirse mucho. En cuanto a los hombres, eran todos unos cerebros, ratones de biblioteca. La verdad es que no sé mucho de ellos ni me acuerdo de sus nombres de pila, no me interesaron demasiado. Tampoco eran tipos ricos y recuerdo que Laura y yo comenzamos a preguntarnos qué pretendía Saturn Rophiel con aquella reunión de personas tan diferentes, pues las únicas que nos parecíamos éramos Laura y yo.

Pronto decayeron las conversaciones, aunque no llegó a producirse el silencio completo. El piloto nos advirtió que nos colocáramos en los asientos y nos sujetáramos los cinturones porque íbamos a tomar tierra.

La pista de aterrizaje no debía de ser muy buena, porque lo pasamos bastante mal dando botes en la toma de tierra. Al fin, el aparato se detuvo y nos dijeron que podíamos descender.

Al salir, la noche era más que negra. Había niebla y hacía un frío húmedo que penetraba hasta los huesos; sin embargo, no llovía.

Nos encontramos los diez fuera del avión y nos dimos cuenta de que aquello no era una pista de aterrizaje. Tenía todas las trazas de una carretera en desuso.

El centro tenía asfalto viejo y los lados habían sido apisonados para darle algo más de anchura, adaptándolo como pista de aterrizaje.

Frente a nosotros había algo más negro que la noche misma. No comprendimos cómo el Pipper había logrado tomar tierra si no se veían luces de señalización.

De pronto, se encendieron unas luces pálidas en lo que semejaba más negro que la noche y comprendimos que debía de ser una casa.

De inmediato nos llegó una voz con claridad; debía de ser a través de un altavoz que no veíamos.

—Mis queridos invitados, no se salgan de la carretera y acérquense a la casa. Aquí está la fiesta, aquí les aguardo a ustedes.

Estremeciéndonos, ateridos bajo nuestros abrigos, pues aquella

maligna niebla casi se podía arañar con las uñas, descubrimos un enorme caserón de dos pisos. Era de construcción muy antigua y aspecto siniestro.

—No me gusta esto, Linda —musitó Laura.

—A mí también me parece muy espectral este caserón, pero ya sabes lo excéntricos que son los millonarios cuando organizan fiestas.

—Espero que no se trate de una misa negra de ésas que sacan en las películas.

Yo pensé en lo que me había dicho Laura y me estremecí aún más.

Allí no parecía haber luz eléctrica. La luz partía de grandes y pesados candelabros.

El salón era grande, antiguo. No me gustó. Del techo pendía una gran lámpara de velas que llameaban; sin embargo, no daban calor.

Lo que nos dejó perplejos primero y recelosos después fue encontrar a cuatro extrañas mujeres. No sé si eran más viejas de lo que parecían o parecían más viejas de lo que eran.

Las cuatro vestían de negro y como si estuvieran a principios del mil ochocientos.

Se cogían de las manos y giraban en el círculo que formaban mientras entonaban una canción infantil con voces agudas, chillonas y muy entusiasmadas en lo que hacían.

Uno de los hombres fue el primero en romper el silencio de los que habíamos llegado y lo hizo en voz baja para que sólo le oyéramos los que componíamos el grupo de espectadores ante las cuatro esperpénticas mujeres que danzaban en un corro infantil, cantando una canción que, por la lengua que empleaban, no entendimos en absoluto, pero sonaba a infantil, de eso estoy segura.

—Parece que nos han preparado algo que tiene que ser divertido —dijo el hombre de la cabeza reducida, Horace Pathros, creo que se llamaba.

—Creo, señor Pathros, que esto no es divertido. Estas mujeres no son actrices, sino psicópatas regresivas —puntualizó uno de los invitados, que luego supimos era psiquiatra.

Escuchamos dos secas palmadas procedentes de la gran escalinata y las cuatro danzarinas, torpemente aniñadas siendo viejas y enlutadas, rompieron el círculo y dieron gritos antes de

salir corriendo como niñas a las que llaman a fila tras advertirles con un timbrazo que el recreo ha terminado.

Todos miramos hacia la escalinata.

Allí estaba Saturn Rophiel, vestido de frac, muy elegante pese a sus cincuenta y tantos años. Era un hombre cuellicorto pero recio, fuerte de hombros y mandíbula poderosa.

Sus ojos eran intensos y su cráneo, desnudo de cabello. Aquel hombre debía de tener una mente privilegiada para haber obtenido tan gran fortuna en el mundo de los negocios, pero, al parecer, no se conformaba con ganar dinero, sino que preparaba estrambóticas fiestas. Y nosotras, Laura y yo, estábamos en una de ellas.

Yo hubiera preferido una fiesta en un espléndido club privado, marítimo o de aviación, algo deslumbrante, lleno de fotógrafos.

De entrada, la fiesta no me agradó. Pensé en volver al aparato, esperar allí el regreso y olvidarme de los ciento cincuenta dólares que me había prometido Jimmy Crow, el hombre de relaciones públicas que había utilizado Saturn Rophiel para organizar tan extraña velada.

Ni siquiera sabíamos dónde estábamos; sólo sabíamos que hacía mucho frío, que el caserón era siniestro y que según la opinión de un psiquiatra, había cuatro viejas locas bailando al corro infantil, cantando Dios sabía en qué idioma.

—Mis queridos invitados, pasemos al saloncito. Les agradezco que hayan sido puntuales a la cita, no se arrepentirán de haber venido. Ésta será una noche inolvidable.

Cada uno de ustedes ha sido elegido cuidadosamente. Espero qué hayan tenido tiempo para conocerse durante el trayecto hasta esta mansión que perteneció y pertenece a los Rophiel desde hace muchos años. Por favor, síganme.

Nadie osó replicar y le seguimos hasta un saloncito que olía a leña quemada.

Allí hacía más calor, puesto que en una gran chimenea ardían varios troncos.

Entonces, comenzó a sonar una música nostálgica en un clavicordio.

Yo no entiendo, pero me pareció una música desconocida y no me gustó. Lo más extraña fue que quien tocaba el clavicordio era una de las cuatro enlutadas viejas que habíamos visto. Parecía tan

ensimismada en lo que hacía que nos ignoraba por completo.

Allí había una mesa larga, iluminada con dos grandes candelabros de diez veías cada uno.

La mesa estaba, muy bien preparada, pero con una vajilla, cubertería y mantelería muy antiguas. Creo que los cubiertos eran de plata y la vajilla, de finas porcelanas.

—Por favor, tomen asiento en los lugares correspondientes. Me hubiese gustado que todos vistiéramos según la época adecuada; sin embargo, creo que todo marcha bien.

En efecto, en cada lugar había una tarjeta con el nombre de cada cual.

Yo quedé cerca de Saturn Rophiel y pude observarle con atención.

A la izquierda del millonario y frente a mí, puesto que él ocupaba la cabecera de la mesa, se hallaba Carla, la parapsicóloga, creo que ahora lo he dicho bien.

Me pareció que sonreía escéptica. Parecía saber o intuir algo. Confieso que todo seguía pareciéndome muy raro y me tranquilizó saber que Laura estaba allí.

Entre ambas se hallaba el médico con una barbita recortada. Él también se mostraba muy escéptico y lo expresó con palabras.

—¿Qué es lo que espera conseguir con esta reunión, señor Rophiel, una posterior sesión de espiritismo? El caserón es idóneo para ello, admito que tiene todos los requisitos.

—Doctor Wagner, ¿pensó por algún momento rechazar mi invitación?

—Señor Rophiel, es difícil que alguien, por importante que sea, rechace una invitación suya aunque sea para asistir a algo tan raro como esta cena, pero, por favor, abra una puerta a mi curiosidad que debe de ser la de todos los que hemos acudido aquí esta noche. Por otra parte, todos los que estamos aquí conocemos su poder y también se habla de sus represalias. Parece que, además de millonario, es usted un ser despótico, exigente y caprichoso.

—¿Es un diagnóstico como psiquiatra? —preguntó sin afectarse lo más mínimo por lo que acababan de decirle.

—Se cuenta que persigue usted a los que no se doblegan a su voluntad hasta destruirlos de una forma u otra. Usted sabe que se le teme, Rophiel, y ése es uno de los ases que utiliza para lograr éxitos

en el mundo de los negocios.

—¿Usted también me teme, doctor Wagner?

—No.

—Entonces, ¿por qué no se ha negado a venir?

—Por curiosidad.

—¿Científica o personal?

—Digamos que el cincuenta por ciento. No le conocía personalmente y por lo que he observado, a excepción de su secretaria, los demás tampoco. ¿Por qué nos ha reunido en derredor de esta mesa, señor Rophiel?

—Muy sencillo. Deseo celebrar con todos ustedes una fecha importante para la familia Rophiel. Brindaremos con champaña francés y de la mejor cosecha, por supuesto.

Dio dos secas palmadas y aparecieron las otras tres mujeres enlutadas, sonriendo estúpidamente, con la mirada perdida y llevando sendas camareras rodantes. En ellas había champaña y alimentos surtidos y muy bien preparados.

Maximiliam Blade se atrevió a preguntar en aquel momento:

—¿Y cuál es la fecha de celebración? Me refiero al motivo de que esta fecha sea tan importante para la familia Rophiel.

—Todo lo sabrán a su debido tiempo. No tengan prisa, por favor. Brinden conmigo. Una fiesta como ésta sólo se celebra cada década en la familia Rophiel, pero esta ocasión es todavía más especial porque es el segundo centenario. Por favor, servid el champaña —pidió a las tres mujeres viejas, esperpénticas y enlutadas, mientras la cuarta seguía tocando el clavicordio, amenizándolo ahora con su voz patéticamente infantilizada.

CAPÍTULO VI

Leonard Blade sabía lo difícil que resultaba abordar al multimillonario Saturn Rophiel.

Utilizaba siempre servicios privados, no facilitaba a nadie sus horarios de trabajo ni de idas o venidas y siempre estaba protegido.

Como buen reportero que era, logró filtrarse del *parking* público del complejo de edificios Rophiel al *parking* privado para ejecutivos.

Medio escondido entre unos automóviles, aguardó pacientemente, hasta ver llegar a un «Ford» celeste. Lo conducía una mujer joven, de belleza serena.

Tenía el cabello negro, abundante, y lo llevaba recogido, dejando la nuca al descubierto y mostrando un largo cuello.

La joven aparcó cerca de los ascensores privados. En uno de ellos, un rótulo rojo advertía que no funcionaba. Por los otros dos subieron y bajaron varios ejecutivos con semblantes preocupados que luego se dirigieron a sus respectivos automóviles.

Uno de ellos se acercó al «Ford» de la joven, se acodó en la ventanilla y cruzó algunas palabras con ella. Parecían amigos. Después se despidieron y él subió en su coche último modelo, saliendo rápidamente del garaje en un alarde de maniobrabilidad.

Leonard Blade seguía esperando y la joven, al parecer, también. Repasaba unas notas; dejó luego de hacerlo y puso música en cassette. Como tenía la ventanilla abierta, la melodía llegó hasta el reportero, era de Strauss.

Ella se retocó el rostro con un poco de maquillaje. Leonard, que la observó a distancia, dedujo que debía de ser muy inteligente y que estaba segura de sí misma.

Se abrieron las puertas del ascensor que, según el rótulo, no funcionaba y salieron dos hombres gigantescos. Vestían impecablemente, pero sus rostros advertían que estaban

acostumbrados a recibir golpes.

Quizá alguno de ellos portara pistola, pero si había pelea, les bastaría con emplear sus manazas.

Miraron en derredor y luego hacia atrás. Hicieron un gesto indicando que el camino estaba libre y apareció Saturn Rophiel.

Vestía de negro, con traje de seda, y cubría su cabeza con un sombrero de fieltro también negro.

La joven del «Ford» celeste tocó el claxon con una especie de contraseña y después salió del coche, portando una cartera de mano más bien pequeña, de color azul como el coche, pero mucho más intenso.

Los dos agentes o guardaespaldas que protegían los pasos de Saturn Rophiel, la miraron y sonrieron. Rophiel también sonrió, mostrando sus dientes agudos.

Era obvio que a Saturn Rophiel la joven le caía bien, y quizá lamentaba su juventud perdida al observar la elegante anatomía, las curvas de la mujer que si no eran exuberantes, sí resultaban perfectas y atractivas.

Ella vestía un traje-pantalón color esmeralda, sobrio, con pocos adornos, que no conseguía oscurecer su presencia.

Hablaron unos momentos. A Leonard Blade le llegó el rumor de las palabras, pero no pudo entenderlas.

Los agentes, observando a la chica, limitaron su atención en derredor, como si estuvieran seguros de que nada ocurría. Fue entonces cuando Leonard Blade salió de entre los coches y se les acercó fumando un cigarrillo.

Nada más oír sus pasos, los agentes, como dos perros de presa, se encararon con él abiertamente.

Cerraron filas y ocultaron a Saturn Rophiel tras ellos. De haber tenido Leonard Blade una pistola, hubiera necesitado tumbar primero a los dos gigantes para poder alcanzar a balazos al financiero, ya que éste quedó completamente oculto a su vista. Aquella maniobra de protección debían de tenerla muy bien ensayada.

—¿Qué busca? —interrogó uno de los gorilas.

—Quiero cambiar unas palabras con el señor Rophiel. Soy Leonard Blade, el reportero, pero no vengo como informador público, sino como hermano de Maximiliam Blade.

Los dos agentes esperaron hasta oír alguna palabra de su patrón que les indicara cómo se definía respecto al intruso. Al fin, la escucharon.

—¿Qué quiere? No recuerdo a su hermano.

Los dos guardaespaldas se separaron y entre ellos quedó el multimillonario. La joven estaba junto a él, un tanto oculta tras uno de los gigantes.

—Señor Rophiel, me gustaría saber qué celebró en su bicentenario.

Rophiel parpadeó. Leonard Blade dudó. O aquel hombre fingía muy bien o ciertamente ignoraba de qué le estaba hablando.

—Señor Rophiel, estoy preocupado por mi hermano. Usted es muy excéntrico, además de millonario.

—Puedo permitirme ese lujo, joven. ¿Le molesta? ¿Acaso va a publicarlo en alguna revista?

Leonard captó el tono burlón y sarcástico de Rophiel.

—No, ya se escribe bastante sobre usted para que también lo haga yo. Sin embargo…

—¿Qué?

—Me gustaría saberlo todo sobre la fiesta que organizó en el caserón.

—¿Caserón? Usted está ebrio, Tade, Lade o como se llame.

—Blade, y creo que lo sabe bien.

—Lo siento, no puedo perder mi tiempo con usted.

Echó a andar. Leonard le cortó el paso, no tenía suficiente con lo que le había dicho.

Mientras, la joven se dirigía hacia el ascensor que, según el rótulo, no funcionaba, lo que no dejaba de ser un truco para que quedara siempre libre para ser empleado por Rophiel.

Uno de los agentes quiso apartar de un codazo a Leonard Blade, pero éste le hizo una llave de pies, con tanta habilidad y elegancia, que aquel gigante midió el suelo sin saber cómo había ocurrido.

El otro gorila, al percatarse de ello, cerró los puños, encarado con Leonard Blade, dispuesto a dejarle el sello de sus nudillos en la cara. Pero Leonard, sin retroceder, súbitamente sacó de su bolsillo la cabeza reducida de Laura, cogiéndola por los cabellos.

La suspendió en el aire, por delante de él mismo.

—Anda, pégale a ella —invitó al gigante que trataba de vengar

el tropiezo del compañero zancadilleado con la llave de judo.

—¡Quietos! —ordenó Rophiel.

—¿La conoce? —le preguntó Leonard.

—No me gustan las estupideces, Blade.

—Vaya, ahora sí recuerda mi apellido.

—Lárguese de aquí si no quiere que llame a los vigilantes. Usted es un tipo listo y no querrá que los vigilantes de mi edificio lo capturen. Debajo de este Parking hay sótanos y usted puede encontrarse en ellos con un disgusto. Luego, dentro de tres o cuatro días, puede que alguien lo entregue a la policía o simplemente desaparezca.

—¿Es una amenaza, Rophiel?

—Tómelo como quiera, pero no me subestime. Tengo el poder suficiente como para hacerle desaparecer si me apetece. Me fastidian los mosquitos y usted, para mí, no es más que eso. A los periodistas los hago bailar como títeres, ¿me entiende? Como títeres, con dinero o simples advertencias. Tengo demasiados hilos para mover, no se entrecruce más en mi camino, es peligroso. Por esta vez ha tenido usted suerte.

—¿Acaso ha sido mi aliada esta cabeza momificada, señor Rophiel?

—No sé de qué me habla.

Saturn Rophiel, molesto, le dio la espalda y se alejó hacia un automóvil negro y muy lujoso que Leonard, a juzgar por el grosor de las ruedas, supuso estaba blindado.

Los dos agentes le miraron con ira y desafío, mas, no volvieron a meterse con él, se alejaron con su jefe. Al poco, el coche ascendía raudo por la rampa sin demostrar que era muy pesado por el blindaje. No en vano tenía un potentísimo motor.

Cuando ya casi se perdía el ruido del motor, Leonard se volvió hacia la puerta de los ascensores. En el umbral descubrió a la joven con la cartera azul intenso.

Estaba pálida y no se movía.

Leonard Blade se le acercó y ella hizo ademán de querer desaparecer en el ascensor, pero él se interpuso entre la puerta y pasó al interior de la cabina, quedando a solas con ella.

—Este ascensor es muy privado —advirtió la joven con gravedad.

El hombre aún sostenía la cabeza reducida en su mano.

—No se asuste, es sólo una imitación de plástico.

Ella, con voz apagada, no pudo evitar asentir.

—Lo sé.

—Porque usted también las ha recibido. ¿No es cierto?

—¡No sé de qué me habla!

—Vamos, Babby, usted también fue al caserón, usted estuvo allí con mi hermano y los demás. Usted participó en aquella esperpéntica cena presidida por Saturn Rophiel y servida y amenizada por las cuatro brujas vestidas de negro.

—Si lo sabe, ¿para qué pregunta? —inquirió mientras el ascensor subía hacia lo alto del más elevado de los edificios del complejo Rophiel.

—Porque conozco bastante de lo que ocurrió.

—Pero, al parecer, no lo suficiente.

—Exacto.

—Pues, no cuente conmigo para nada. Soy la secretaria personal del señor Rophiel y ya ha visto cómo se ha definido él.

—Muy mal. Después de todo, él inició esta macabra broma. Nunca me han gustado las excéntricas fiestas de multimillonarios que desean sorprender a sus invitados con extrañas representaciones. Se venden chicas, se humillan a hombres que un día fueron algo.

—Yo no me vendo, ni creo que se vendiera nadie —replicó ella cuando el ascensor se detuvo y comenzaba a abrirse la puerta.

Mas, Leonard pulsó de nuevo el botón del *parking*, impidiéndole salir.

—Llamaré con el pulsador de alarma —advirtió ella, pero no pudo cumplir su amenaza porque Leonard le sujetó la muñeca.

—Si hace una tontería como ésa, publico la fiestecita del caserón en las tres revistas de más tirada del país y se sabría todo de costa a costa.

—¿Todo, qué es todo? —preguntó con un ligero sarcasmo.

—Para comenzar, los nombres de quienes asistieron y el asunto de las cabecitas como ésta. ¿Sabe usted que Laura, es decir, una de las chicas que estuvo en la fiesta, ha muerto?

—No, no lo sabía.

—Pero, ha recibido una caja con una cabecita. Al parecer, las

reciben todos los que asistieron a esa fiesta de conmemoración que organizó su jefe.

—No tengo por qué responder a nada.

—Esta chica ha muerto por la picadura de una araña que se llama viuda negra. Para mí fue un asesinato. Tengo muchos amigos y he recibido un informe, ¿quiere verlo?

Desdobló una hoja delante dé los ojos de la joven secretaria.

—«Horace Pathros, fallecido a consecuencia de la picadura de una araña viuda negra» —leyó Babby.

—Al parecer, sufrimos una invasión de ese tipo de arañas que no son de este territorio, sino de América del Sur.

Ella le miró desafiante e inquirió:

—¿Pretende asustarme?

—A ciencia cierta no lo sé. Quizá ya lleve una araña de ésas en el bolsillo.

Ella hizo un gesto espontáneo de repugnancia, mirando hacia los bolsillos de su ajustada chaqueta.

—Me parece una broma infantil.

—No es una broma, Babby. Diez fueron los invitados a la fiesta conmemorativa del señor Rophiel y dos ya han muerto por la picadura de una araña viuda negra. Una imitación de sus cabezas reducidas, en plástico, ha sido enviada a cada uno de los que asistieron a esa cena en un caserón antiguo y siniestro. ¿Acaso el señor Rophiel tiene intención de acabar con todos sus invitados, qué pretende con las cabezas reducidas?

¿Qué ocurrió realmente en la fiesta?

—Si usted no lo sabe, yo tampoco —dijo ella saliendo del ascensor rápidamente al abrirse éste.

De pronto, aparecieron cuatro vigilantes armados por la rampa de acceso al *parking*.

Ella les miró y dijo a Leonard:

—Venga a mi coche. Si le atrapan, va a pasarlo mal. Saturn Rophiel no tolera a los intrusos y sus hombres se ensañan con ellos.

Leonard agradeció el favor y la siguió hasta el «Ford». Cuando subían al mismo, los cuatro guardianes les rodearon.

—Buenos días, señorita Babby. ¿Todo bien? —preguntó el que llevaba unos galones en el brazo.

—Sí.

El jefe miró significativamente a Leonard y Babby aclaró:

—Es un amigo personal mío. ¿Buscan a alguien?

—Parece que ha entrado un intruso y estamos buscándolo.

—Yo he visto subir a alguien en el ascensor, a toda prisa. Llevaba algo en la mano.

—¿Algo en la mano?

—Sí, como una bolsa, quizá escondía algo en ella. En fin, a lo peor veo demasiados telefilmes policíacos.

—Oh, no, señorita Babby, hay que estar siempre alertas. Gracias por la información. —Se apartó y ordenó a los demás—: ¡Hacia los ascensores!

Babby maniobró rápida con el coche y Leonard, sentado junto a ella, pronto se vio en el asfalto de la calle, rodando hacia un semáforo que se puso rojo bruscamente, cortándoles el paso.

—¿Por qué me has salvado de la paliza, Babby?

—Seguro que no ha sido por instinto maternal.

—Es un alivio, así me libro del complejo de Edipo —respondió él, acariciándola con su intensa mirada.

Ella, que aparentó ignorarla, tuvo que oír el claxonazo del coche que la seguía, advirtiéndole que el semáforo ya se había puesto verde para reanudar la marcha sobre el abigarrado asfalto de la gran ciudad.

CAPÍTULO VII

Linda Perkins despertó súbitamente, sin parpadeos, dejando desnudos los hermosos ojos que poseía a la vista de quienes la observaban.

—Babby, Leonard… ¿Qué me ha pasado?

—Somníferos. Sufriste un ataque de nervios y como me sobraron pastillas de las que le hice tragar a mi hermano por el mismo motivo, pensé que si iban bien para uno, serían buenas para el otro.

—¿Y Max?

—Duerme en el sofá. Por lo visto, tiene el sueño más profundo que tú, es algo hipotenso.

—¿Te encuentras bien, Linda? —le preguntó Babby con seriedad, sin concesiones.

Mantenía una actitud algo fría y distante. No le habían gustado las fotografías clavadas por las paredes con chinchetas metálicas. Le parecían demasiado descaradas, más propias de la revista *Play*-boy que para adornar una estancia, claro que como pertenecían a la misma Linda, ésta tenía derecho a contemplar su propia belleza, una belleza exuberante muy del gusto de los hombres que habían rebasado los cincuenta y de los jóvenes que no habían llegado a los veinte.

—Yo te estaba contando algo, ¿verdad, Leonard? —inquirió Linda con expresión fatigada.

—Pues sí, pero no terminaste y la verdad es que estaba muy interesado en tu relato.

Linda miró a Babby. Se sentía cansada, extenuada sobre el lecho. Se percató de que se hallaba desvestida bajo las sábanas, pero no quiso mirar a Leonard para preguntar al respecto. Hacía mucho tiempo que había dejado a un lado los enrojecimientos.

—¿Tú lo recuerdas todo?

Babby sostuvo la mirada de Linda y movió la cabeza despacio y negativamente.

—Al parecer, nadie recuerda por completo lo que ocurrió —observó Leonard Blade.

Una nueva voz sonó tras ellos. Era la voz pastosa de alguien que semejaba despertar después de una borrachera.

—Nos drogaron.

—Ah, Max, por fin despiertas.

—Hermanito, creo que voy a tener que irme acostumbrando a que me droguen. La verdad, es una sensación desagradable que le tomen a uno por un pelele.

—Yo no te drogué, Max, sólo te di un somnífero porque pensé que lo necesitabas —aclaró Leonard.

—Hola, Babby. ¿Cómo te encuentras, Linda? ¿Alguien tiene un cigarrillo?

Leonard se lo ofreció y también le prendió fuego.

—Ya sé lo que ocurrió hasta la cena, al menos en parte, gracias al relato de Linda, pero ignoro lo que hubo después. Al parecer, todos sabéis algo más o menos conscientemente, y me da la impresión de que deseáis ocultarlo porque teméis algo. No debió de gustaros lo que sucedió; sin embargo, debo conocerlo para intentar libraros de esta pesadilla.

—La conmemoración del bicentenario que celebró el señor Rophiel en el caserón fue una fiesta estúpida —aseveró Babby—. Y deberíamos poner punto final a esta historia.

—No será fácil, ha habido dos muertes —puntualizó Leonard—. La policía las considera accidentales y nada más. Arañas viuda negra las hay en algunas ciudades importantes, escapadas de colecciones de tipos raros; en ocasiones, también llegan en embarques de productos agrícolas pese a los controles. Luego, se aclimatan y aunque su hábitat no es el ideal y no se reproducen con la misma prodigalidad que en su país de origen, sí consiguen sobrevivir las suficientes como para dar un disgusto a más de uno, y eso es lo que piensa la justicia de las muertes de Horace Pathros y Laura. Pero yo podría decirle a la policía que es demasiada coincidencia que dos personas que asistieron a una extraña y siniestra reunión hayan muerto de la misma forma, por idéntica picadura. Por ahora es posible que la justicia no relacione las dos

muertes entre sí, no vea punto de contacto entre Horace Pathros y Laura.

—Creo que vas demasiado lejos al hablar de crímenes —objetó Babby con mucho aplomo.

A Leonard le gustó su forma de hablar aunque no compartiera su opinión. Aquella mujer tenía algo o quizá muchas cosas que le gustaban, pero se dio cuenta de que también atraían a su hermano, pudiera ser porque ambos llevaban la misma sangre, pensó.

—Yo tengo sospechas —dijo Leonard.

—Yo también las tengo —masculló Max—. Maldito sea el momento en que acepté ir allí.

—No te quejes. Tienes un empleo estupendo gracias al poder de Rophiel —puntualizó Babby.

Leonard miró a su hermano, sorprendido.

—Ignoraba que trabajaras para Rophiel.

—Y no trabajo para él, lo que ocurre es que Rophiel controla la firma en la que estoy empleado, la sociedad de abogados Kramer. En ella, Rophiel, como en muchos otros asuntos en los que no paga impuestos, está metido hasta el cuello. Cuando recibí su invitación para la fiesta, me di cuenta de que no podía negarme. Si lo hacía, podía quedarme sin empleo, no me lo dijeron pero así era. Por otra parte, si las cosas rodaban bien, podía haber un ascenso en mi carrera, todo hay que decirlo. ¿No es así, Babby? Por cierto, ¿cómo estás tú aquí? Nada más y nada menos que la secretaria personal de Saturn Rophiel. ¿Cómo has encontrado este antro?

Miró en derredor, clavando sus ojos en las múltiples fotografías clavadas por las paredes.

—Tu hermano Leonard ha tenido un diálogo poco amistoso con Rophiel y después me ha traído aquí —explicó Babby.

—Diablos. ¿Intentas quitarme la chica, Leonard?

—Ah, ¿es tu chica?

Babby miró a Maximiliam cortante, haciéndole retroceder en sus palabras sin haber pronunciado ella tan siquiera una.

—Bueno, yo quisiera ser su chico, que es diferente.

—Yo me quedo con el que no tenga pareja —dijo Linda, bostezando dentro del lecho ya más tranquila.

—Sin poneros histéricos, me gustaría que recordarais un poco más lo que sucedió. En cuanto a ti, Babby te agradecería me

facilitaras la lista completa de los que asistieron a la fiesta, porque he comprendido que entre vosotros no os conocíais todos.

—No sé si debo…

—No creo que se entere tu jefazo si le das la lista a mi hermano —le dijo Maximiliam—. Así podremos advertir a los demás respecto a lo que piensa Leonard y quizá alguien recuerde algo más sobre lo ocurrido. Yo juraría que la droga estaba en la comida, es decir, la cena fue muy variada, pero me temo que con las salsas y condimentos mezclaron las drogas.

—Pero hay más, mucho más, estoy seguro de ello —insistió Leonard—. Cuando os decidáis a hablar, aclararemos este desagradable asunto y si hay que llevar a Saturn Rophiel ante la justicia, lo haremos.

—Yo no quiero verme involucrada en nada —advirtió Babby—. Sólo he oído historias y me cuesta creer que haya crímenes donde, al parecer, ni siquiera la justicia lo sabe.

—Podríamos exhumar los cadáveres.

—¿Por qué? —exclamó Max aterrado, dando un paso hacia atrás.

—Tuviste una pesadilla, Max, tú me la contaste.

—No me la recuerdes… —pidió palideciendo.

—¿Vosotras no habéis sufrido pesadillas?

Linda asintió con la cabeza. Por su parte, Babby aclaró:

—Cuando no puedo dormir, me tomo una pastilla. Necesito estar muy despejada a la mañana siguiente, el señor Rophiel es muy exigente con sus empleados.

—Bueno, Babby, ¿qué te parece si averiguamos, dónde está el caserón y quiénes son esas cuatro viejas chifladas con regresión infantil?

—Yo no sé dónde está el caserón, lo ignoro como los demás. Llegamos en un Pipper a reacción, te lo pueden confirmar ellos.

—Habrá algún modo de averiguarlo.

—Creo, Leonard, que intentas complicarme la vida y ya he hecho bastante por esta mañana. Me marcho. Si averiguáis algo importante…

Leonard le cortó el paso.

—Aguarda. Tienes que darme una lista y, además, el nombre de los aviadores, aunque es posible que ellos tampoco suelten prenda y

ese caserón sea un refugio secreto de Rophiel para sus excéntricas fiestecitas.

—Te daré el nombre de los pilotos que, a lo peor, ahora están en las Hawaii o Dios sabe dónde, pero no creo que consigas nada. En cuanto a mí, soy sincera al decir que sólo he estado una vez en aquel lugar y nunca antes lo había oído nombrar. Ahora, me voy. Te daré la lista por teléfono si me dices adónde puedo llamarte.

—Está bien, está bien, me hospedo en el Hotel San Antonio, pero localizaré ese caserón se encuentre donde se encuentre. Sé que es algo real, algo que no habéis soñado y averiguaré lo que allí sucedió pese a quien pese, porque estoy seguro de que las muertes de Horace Pathros y Laura y el asunto de las cabezas reducidas tiene mucho que ver con la siniestra fiesta.

—¿Crees que existió una bacanal satánica al estilo de las organizadas por Charles Mason?

A la pregunta de Babby, Leonard repuso:

—No lo sé, pero lo averiguaré. Por supuesto, el que ha sido drogado con engaño y en contra de su voluntad queda exento de culpas.

—Hablas como si estuviéramos ya en una corte de justicia —observó Babby irónica, reacia a aceptar los puntos de vista del reportero.

—Puede ser que cuando todo este asunto llegue a la corte de justicia ya sea tarde para alguien más aparte de Pathros y Laura.

—No soy ninguna niña, no me asusto fácilmente. Buenos días a todos.

Babby abandonó el apartamento sin que Max ni Leonard Blade pudieran retenerla.

Capítulo VIII

Por su condición de secretaria personal de Saturn Rophiel, en vez de usar un bolso normal y corriente, Babby utilizaba un pequeño portafolios de piel teñida en azul y que tenía una correa accesoria retráctil que se escondía por completo dentro del portafolios y en caso de necesidad servía para colgarse la cartera al hombro a modo de bolso o macuto, liberando así sus manos para lo que pudiera hacerle falta.

Aquel portafolios se lo había regalado el propio Saturn Rophiel y Babby lo cuidaba y apreciaba en lo que valía. Una «B» en oro estaba allí fijada.

Dentro portaba los blocs de notas, algo de correspondencia y los objetos usuales en una mujer, como algo de polvos para quitar la brillantez de la punta de la nariz si hacía falta, un peine y una lima de uñas. No usaba carmín porque el color de sus labios era suficientemente fuerte. Portaba chicles mentolados por si el hambre la acuciaba en momentos inoportunos y alguna tontería más que podía encontrarse en cualquier bolso femenino, sin llegar al casi bazar en que convertían sus bolsos algunas mujeres.

Había conseguido reunir la lista completa de invitados a la extraña fiesta con sus direcciones, y pudo comprobar que no todos vivían en la ciudad.

No entendía cómo se había reunido aquel grupo de personas tan diferentes entre sí, pero de reunirías se había encargado Jimmy Crow, el *public relations* que en algunas ocasiones hacía trabajos para Saturn Rophiel.

El propio Jimmy Crow le había proporcionado los datos que necesitaba por su condición de secretaria personal del multimillonario.

Babby pensó que si su jefe se enteraba de aquella pequeña

investigación, la pondría en la calle y Rophiel siempre se había portado bien con ella para que ahora le traicionara, pues se sentía como si estuviera traicionándole.

Se hallaba vestida con un salto de cama que hacía vaporosa su silueta. Estaba en la alcoba de su lujoso y confortable apartamento, pues el salario que le pasaba Rophiel era alto, propio de cualquier ejecutivo con responsabilidades.

La música ambiental funcionaba con suavidad, sin estridencias, con piezas tocadas a toda orquesta sobre partituras de Strauss, Tchaikovski y Mozart.

Se hallaba tendida sobre el lecho con las manos cruzadas bajo la nuca, con el espeso y hermoso cabello suelto y tuvo la sensación de que no estaba sola.

Aquello le produjo un ligero desasosiego. Miró hacia la puerta que daba al *living*-room; había oído algo, pero no estaba segura.

«Será el cardenal venezolano», pensó.

No obstante, se levantó de la cama y se fue hacia el *living*-room. De súbito, notó una gran frialdad que la estremeció y al dirigir su vista hacia el ventanal que daba a la terraza donde tenía diversas plantas que ella misma escogía y cuidaba como contrapeso a las funciones de secretaria personal que la absorbían, lo encontró abierto.

No comprendía cómo podía estar el ventanal abierto, entrando por él el frío de la noche invernal. Se acercó a cerrarlo, corriendo la cristalera, y el salto de cama se hinchó.

Por su pecho se aplastó la seda, moldeando su figura, pero notó como si algo helado y desagradable se le pegara al cuerpo.

Inmediatamente, se acercó a las rejillas por las que llegaba el aire caliente del acondicionador. Fue cuando descubrió la jaula del pájaro rojo venezolano que un día recibiera como regalo en su casa, el regalo de un desconocido, pero que le había gustado.

El pájaro yacía inmóvil en el fondo de la jaula. Pesarosa, abrió la puertecilla y tomó al ave entre sus manos. Estaba fría, rígida.

Miró hacia el ventanal y, de pronto, la soltó.

El animal tenía una aguja clavada en el cuerpo, una aguja con cabeza negra.

Retrocedió un paso, horrorizada.

—Dios mío… ¿Quién habrá podido hacer tamaña crueldad?

No hallaba respuesta para lo sucedido, tampoco comprendía cómo había podido estar abierto el ventanal que daba a la terraza. ¿Habría entrado alguien?

Recordó la siniestra noche del caserón, la macabra conmemoración de Saturn Rophiel y todo lo que le había dicho Leonard Blade acerca de los asesinatos.

Ella también había recibido aquellas cabezas reducidas, pero las había tirado directamente al incinerador comunitario. No quería verlas ni pensar en ellas, pero en su imaginación se reprodujeron las cabezas y todas las dudas que albergaba sobre lo que debía de hacer con la lista obtenida, se desvanecieron.

—Se la entregaré a Leonard Blade. Él esclarecerá este asunto.

Tomó el portafolios dentro del cual guardaba la lista; estaba sobre una mesita y cerca del teléfono. Movió el portafolios y observó que estaba entreabierto. No le dio importancia y se sentó en el sofá.

Llamó a la centralita del lujoso edificio de apartamentos.

—Por favor, póngame con el Hotel San Antonio, no sé el número.

Hubiera podido buscarlo en la guía telefónica, pero no tenía ganas de hacerlo y encomendó aquel trabajo a la telefonista.

Mas, estaba ocurriendo algo que hubiera sobrecogido aún más a Babby de percatarse de ello.

Por la ligera abertura del portafolios asomaban dos negras y largas patas, duras y brillantes, que intentaban escapar del encierro.

Estaba nerviosa. El ventanal abierto y luego la aparición del cardenal venezolano yerto dentro de su jaula, la habían inquietado. Necesitaba un cigarrillo.

Instintivamente, aproximó su mano a la abertura del portafolios azul en el que solía llevar tabaco y su encendedor de oro. Llegó a tocar la unión entre las dos partes del portafolios y las repugnantes y delgadas patas se acercaron a sus dedos rápidamente, pero cuando iban a alcanzarlos, Babby los apartó para coger el teléfono que acababa de sonar.

—Sí, diga.

—Señorita, la pongo con el Hotel San Antonio.

—De acuerdo, gracias.

Deseó aquel pitillo que no había llegado a tomar, pero ahora

tenía en la diestra el auricular mientras aquellas patas, que ya eran tres, trataban en vano de abrir las dos partes de la cartera para escapar del encierro.

—Por favor, póngame con la habitación del señor Leonard Blade —pidió.

La telefonista del Hotel San Antonio, que debía de ser muy eficiente, la puso inmediatamente en comunicación con el reportero, quien se hallaría cerca del aparato telefónico, pues lo tomó al primer timbrazo.

De nuevo, la mano de Babby quedó en suspenso en el aire, sin llegar a introducirse en el bolso en busca de cigarrillos.

—Sí, ¿quién llama?

—Leonard, soy Babby.

—Caramba, estaba esperando oír tu voz. Por cierto, que a través del teléfono suena más aniñada.

—Déjate de bobadas, Leonard. Tengo la lista que querías.

—Vaya, te has decidido. Temía que no llegaras a dármela. Por cierto, que yo ya he averiguado algunas cosas y me falta confirmar otras.

—¿Qué es lo que has averiguado?

—Te lo diré cuando nos encontremos. ¿Has cenado ya?

—Sí, he cenado, y no voy a salir de mi apartamento. Te daré la lista por teléfono —advirtió cortante, dispuesta a no hacer concesiones.

—Eres una muralla de hielo, Babby, pero te prometo que no llevo malas intenciones.

—Es mejor no crear equívocos desde un principio.

—Te noto nerviosa. ¿Te sucede algo?

—Pues… —Babby vaciló mirando hacia el ventanal.

Afuera hacía frío y dentro, aunque penetraba el chorro de aire caliente, ella aún se estremecía de frío.

—Nada, sólo que se me ha muerto el cardenal venezolano.

—No sabía que tuvieras parientes de tanta alcurnia.

—Sólo es un pájaro oriundo de Venezuela —puntualizó irónica.

—De todos modos, mi más sincero pésame.

—Toma tu lápiz y bloc de notas, reportero, voy a darte la lista y no quiero saber lo que haces con ella. Todavía no estoy segura de si hago bien o mal escuchándote.

—Haces bien. Quien hace mal soy yo.

—¿Tú?

—Sí, escucharte a ti es peligroso. Eres como una serpiente que hipnotiza. Te escucho y…

—No sigas. Merecerías ser locutor de radio o televisión en vez de plumífero de revistas.

—Puede que lo piense si tu boca es el micrófono.

—¿Mi boca el micrófono?

—Sí, siempre que me ponen uno delante acabo chupándolo.

—¡Al diablo!

Volvió su rostro hacia el portafolios. Dentro de él guardaba la lista completa.

Lo abrió con un gesto rápido de su mano e, inmediatamente, lanzó un grito que taladró el tímpano de Leonard Blade que se hallaba escuchando al otro lado del hilo telefónico.

CAPÍTULO IX

El ambiente de la cafetería era denso, había mucho humo acumulado en el techo, tanto que aún siendo bajo ya no se veía claramente.

Había que tener los pulmones acostumbrados a aquel humo para no toser, expulsando las partículas que se aspiraban mezcladas con el aire.

Babby estaba pálida y silenciosa. Parecía anonadada, como si acabara de sufrir la muerte de alguien muy querido.

—Un *whisky* no te sentará mal.

Ella asintió con la cabeza y pidió después:

—¿Me das un cigarrillo?

—Sí, claro. —Se lo entregó y le prendió fuego.

Ella lo tomó mecánicamente.

—¿Has dejado tu coche afuera?

—Sí.

—Bien, cuando tomes tu *whisky*, nos iremos.

—¿Adónde?

—Ya lo verás.

—Creo, Leonard, que estoy metida en un lío que no me gusta en absoluto.

—Muchas veces nos ocurre eso. Nos vemos envueltos en problemas y no es por gusto propio, pero hay que salir de ellos.

—No sé si saldré de esto —suspiró.

—Por lo menos, has escapado en esta ocasión.

—¿Y la próxima, podré escapar a la próxima?

—Si resolvemos antes todo este problema, puede que sí.

Babby clavó su mirada en la del hombre. Había desafío y al mismo tiempo súplica en sus hermosos ojos color verde oscuro.

—Yo no creo que haya sido Saturn Rophiel.

—Ni yo he dicho que sea él.

—Pero, lo piensas.

—¿Qué motivos tendría Rophiel para asesinar a su secretaria particular? —Hizo una pausa y encendió un cigarrillo para sí. Aspiró el humo, que contribuyó a aumentar la polución de la cafetería, y luego comentó—: Puede que tú conozcas algún secreto de Rophiel.

—No soy una chantajista, si estás pensando eso.

—Yo no pienso nada, sólo hago hipótesis, como por ejemplo que él te hiciera propuestas y tú te negaras, claro que esa hipótesis hay que dejarla de lado completamente.

Babby le miró con cierta suspicacia.

—¿Por qué hay que dejar de lado esa hipótesis?

—Porque si él quisiera, en fin, no habría problemas.

—¿Por quién me tomas?

—Por una chica que vale mucho.

—¿En qué sentido?

—En todos.

—Claro, y Rophiel tiene muchos millones. ¿Acaso crees que me prostituyo?

—Yo no he dicho eso, pero Rophiel tiene medios para obligar a una chica a hacer lo que no desea.

—Conmigo no habría medios válidos.

—Rophiel tiene matones y a la fuerza… En fin, dejemos el tema, no creo que anden por ahí los tiros.

—¿Entonces…?

—Ahí te traen el *whisky*. Tómalo y luego nos vamos, están esperándonos.

—¿No me respondes concretamente?

—Cuando no se tienen todos los datos es mejor no dar respuestas. Sólo contados profetas han pasado a la historia.

—Creí que los periodistas jugabais muchas veces a profetizar.

—Algunos lo hacen para ganar fama si aciertan, dando una noticia antes de que ésta se produzca, pero eso suele traer malas consecuencias. Se acierta un día y se fallan diez. Al final siempre se obtiene saldo negativo.

La tomó de la mano cuando ella se hubo bebido el licor de un trago, no vaciló al hacerlo. Después, dócilmente, como si estuviera

siendo domesticada, Babby salió a la calle con el hombre.

Ya frente al «Ford» de color celeste, Leonard tendió su mano sin decir palabra y Babby le puso en la palma las llaves del coche. Al poco rodaban sobre el asfalto, iluminado por las farolas de vapor de mercurio.

Viajaron en silencio.

Leonard respetó el mutismo de la mujer y no detuvo el automóvil hasta llegar frente a un viejo edificio de pisos. En la planta había un comercio dedicado a la venta de animales disecados, efectuándose también la disección de los que hicieran su encargo con animales de caza.

Asimismo, se vendían caracolas y todo lo que tuviera que ver con el reino animal y algo del mineral, pues la venta de cajas de minerales para niños siempre resultaba facilona si el padre estaba delante.

Llamaron a la puerta y al fin se abrió una mirilla.

—¿Quién es?

—Leonard Blade.

—Ah, en seguida le abro.

Apareció un hombrecillo enclenque, con bigotes finos y tan largos como canos.

A Babby le pareció que aquel hombre tenía una extraña mezcla de sangre euroasiática.

—Le estaba esperando, señor Blade, desde que he recibido su llamada. Pasen, pasen.

Se introdujeron en el establecimiento.

A Babby, aquel lugar le pareció muy siniestro. La luz era escasa y los animales que allí estaban, con sus ojos de cristal o plástico, le produjeron desasosiego.

Un gorila enorme, provisto de unas extraordinarias mandíbulas armadas con colmillos, la intimidó y no llegó a explicarse cómo aquel hombrecillo había logrado disecar semejante monstruo, sacado del África salvaje.

Pasaron a la trastienda.

Allí había un taller que hedía de una forma desagradable. Había unos frigoríficos y algo cubierto con una sábana sobre una mesa. Los instrumentos cortantes, pinzas y agujas, se hallaban en una bandeja de acero inoxidable, extraordinariamente limpios.

Abrieron una segunda puerta y pasaron a otra estancia interior, habilitada bajo una bóveda de cristal que debía de dar a un patio de luces. Sólo una bombilla iluminaba aquel recinto con jaulas y terrarios.

A Babby le pareció sumirse en otro tiempo, lo mismo que le había ocurrido al entrar en el caserón donde les aguardaba Saturn Rophiel.

—¿Qué es esto?

—Babby, nuestro amigo es un entomólogo. Tiene este comercio y se dedica a la taxidermia para sobrevivir, pero su pasión son los insectos, aunque también cuida a los arácnidos.

—Tengo un permiso de Sanidad, todo está controlado —puntualizó el hombrecillo con su voz chillona—. He sido profesor de universidad en Ciencias Naturales.

Babby no le vio muy bien como profesor, quizá por eso había dejado de serlo.

—He estado investigando acerca de los que cuidan arañas. Me he informado en los puestos oficiales y luego en la asociación de entomólogos, respecto a las personas aficionadas a cuidar terrarios con insectos vivos. Y aquí tenemos a nuestro hombre.

—La verdad es que lo he sentido mucho. Ya estuvo la policía aquí, pero me dijeron que no abriera la boca, pues se crearía un clima de pánico. Miren, ése es el terrario.

El terrario en cuestión era grande, de unos doscientos litros de capacidad, largo y con una anchura de un palmo. La tapa estaba levantada y el interior, vacío.

—¿Qué es lo que ocurrió? —preguntó Babby.

—Pues, todavía no lo sabemos a ciencia cierta. Encontramos la doble tapa levantada, pues tiene una de cristal y otra de rejilla tal como se estipula en los reglamentos para insectos o arácnidos peligrosos. La policía dice que fue un descuido mío o de mi ayudante.

—¿Su ayudante?

—Sí, se llama Charly Bronson. Eso no nos había sucedido antes. —Apesadumbrado, añadió—: El fiscal dijo que me iba a incoar un proceso por irresponsabilidad, pero les aseguro que tenemos el máximo cuidado, tanto Charly como yo. Son cosas que no se comprenden, pero las arañas viudas negras que tenía encerradas

aquí desaparecieron.

Levantaron la tapa y escaparon.

—O las robaron.

—¿Quién iba a quererlas? Todo el mundo se asusta cuando las ve y conoce el efecto mortal de su veneno.

—No deberían permitirles tener aquí esa clase de bichos —protestó Babby.

—Hay que estudiarlos, de ellos se sacan antídotos, señorita. Cuidar esta clase de bichos, como usted los llama, no es más peligroso que el cultivo de virus o bacterias que realizan los médicos investigadores.

—¿Cuántos se le escaparon?

—Eran catorce, pero una hembra estaba a punto de poner sus huevas. Por favor, no le digan esto al fiscal, se pondría más furioso conmigo.

—¿Y cómo maneja usted a las arañas?

—Tengo unos guantes especiales de cuero y laminillas de acero. Aquí están.

Los tomó de un cajón, mostrándolos con cierto orgullo mientras las gafas que protegían sus ojos brillaban a la luz de la lámpara que pendía del techo de la estancia.

—Pues, cálceselos bien, que le traemos a uno de sus inquilinos perdidos.

Les miró estupefacto.

—No me digan que han encontrado a una de mis viudas negras…

—Aquí dentro está. Iba a meter la mano en el portafolios, pero la descubrí a tiempo —dijo Babby dando un suspiro.

—Ahora, la va a sacar del bolso de la señorita y la meterá en su pecera, amigo.

—No es una pecera, es un terrario —corrigió el entomólogo.

—Está bien, un terrario. Saque a la araña del bolso y que no se le escape otra vez.

—Oh, no volverá a ocurrir. Hemos cambiado el cerrojo de la puerta de esta estancia, se lo he enseñado al ayudante del fiscal del distrito para apaciguarle.

Depositó el portafolios sobre una mesa pequeña tras calzarse los guantes.

Después, como una jovencita que acaba de recibir una caja de bombones de su novio, lo abrió delicadamente. El hombrecillo y la viuda negra allí encerrada se miraron cara a cara.

En los ojos del hombre había un paradójico afecto y en los del arácnido, podía existir recelo o enfurruñamiento.

—Ven aquí, traviesa —le dijo intentando atraparle con su mano cuidadosamente enguantada.

Pero la araña correteó rauda hacia otra parte. Saltó del portafolios y Babby dio un grito de miedo mientras se sentía protegida de pronto por los brazos de Leonard Blade.

—No temas, ya la ha atrapado.

—Ya te daré yo a ti, golfilla —reprendió el entomólogo, hablando con aquel ser pequeño pero provisto de un veneno mortífero y casi fulminante.

La metió en el terrario y luego, la cubrió con la doble tapa.

La araña correteó y buscó un lugar para esconderse entre unas plantas que allí dentro crecían, aunque fijándose bien, podían verse sus ojillos maliciosos, observando con atención.

—Menos mal. Precisamente es la hembra de que les hablaba antes. Señorita, de haber tenido usted un ligero tropiezo, lo habría pasado muy mal. Cuando están a punto de soltar sus huevas, están más irritadas.

Babby suspiró y descansó apoyada contra el pecho de Leonard.

—Debería usted poner más atención en sus bichos —dijo ella sin fuerzas.

—Y la pongo, y la pongo. Si quieren ver cómo le doy de comer ahora… Está hambrienta.

—¿Dar de comer?

—Sí, señorita. Saco a una langosta de otra jaula y se la doy. Bueno, a la langosta la hiero un poco primero para que no salte dentro del terrario. Como la araña está por deshuevar, no está apta para corretear demasiado, pero le gusta matar ella misma a las piezas que ha de comerse, no tiene espíritu carroñero.

—Por favor, Leonard, salgamos de aquí. Siento náuseas.

—Sí, salgamos. —Recogió el portafolios y dijo al taxidermista—: Ya me comunicaré con usted por teléfono.

—Cuando quiera y gracias por haber capturado a una de las fugitivas. Se lo diré al fiscal, se alegrará.

—No, no le diga nada por el momento. Ya le indicaré cuando puede hacerlo.

—Como le debo un favor, así lo haré, señor Blade. Ah, y no publique esta noticia en las revistas, me clausurarían la colección. Ya conoce la fuerza de presión que tienen los medios informativos.

—Descuide, soy un hombre que ha corrido mucho y comprendo a los tipos locos como usted. Si no los hubiera, sólo podríamos llenar las páginas de las revistas con los que pagan porque aparezcan sus bodas o bautizos como notas de sociedad.

Salieron a la calle. Aunque el aire era muy frío, Babby lo aspiró con fruición.

—Creí que iba a desmayarme.

—Bueno, opino que esta fecha debes de apuntarla bien en alguna parte. Hoy has nacido de nuevo. Ahora, dame la lista.

—Puedes sacarla tú mismo del portafolios. El inquilino ya ha desalojado la vivienda.

Sonrieron. Leonard sacó la lista del interior de la cartera mientras penetraban en el coche. De pronto, ella dio un respingo, retrocediendo.

—¿Qué te sucede, Babby?

—Mira, mira en el asiento posterior…

Leonard obedeció, descubriendo una cajita cúbica de cartón, cuyo tamaño y forma ya conocía. El contenido, lo suponía, pero ¿de quién sería el rostro que había en su interior?

Babby entró en una crisis de nervios y rompió a llorar en mitad de la calle.

Bruscamente, echó a correr, huyendo no sabía hacia dónde. Leonard fue tras ella.

CAPÍTULO X

La comida, servida en fuentes y luego en los platos, parecía muy apetitosa. Yo sabía del sibaritismo de Saturn Rophiel. No era de los más refinados *gourmets*, pero exigía todo lo que se podía pagar con dinero, por ello no desconfié de las viandas que allí había en gran variedad.

Maximiliam se había puesto a mi lado y yo soportaba su proximidad. En principio me había parecido un muchacho introvertido, pero luego se había vuelto francamente empalagoso, era obvio que yo le gustaba.

Había cedido fácilmente a su diálogo porque no tenía interés en hablar con los demás.

Después de todo, aquella fiesta nocturna no era de mi agrado. No sabía en qué parte del planeta se ubicaba aquel caserón viejo y siniestro, oculto en la noche negra y fría de algún lugar húmedo y neblinoso.

A juzgar por el tiempo de vuelo del Pipper, no debíamos de haber salido del país; sin embargo, ignoraba dónde estaba y no es que estuviera desacostumbrada a viajar, pero las fiestas que podían terminar mal no eran de mi agrado.

Las viejas enlutadas me parecieron cuatro locas. Por supuesto, no las había visto jamás.

Sentí lástima por ellas, tenían mentalidad infantil, pero luego sus miradas se tornaron malignas y me inspiraron cierto recelo.

Uno de los comensales, creo que fue el banquero Witman, que comió con gran apetito, fue el primero en dar muestras de desequilibrio.

Se excitó, se puso en pie y brindó, no con una copa, sino con una botella entera.

Yo comencé a ver más luz, primero rojiza, luego amarillenta. No

lo entendía. Busqué los focos de luz y no los encontré. Me sentí algodonada, con menos peso, y deseé reír. Creo que solté una carcajada.

—Por favor, atiéndanme, éste es el momento de celebrar el bicentenario.

Todos tratamos de guardar silencio para que Saturn Rophiel se explicara, pero era difícil, todos reíamos. A él, aquello parecía divertirle, no se molestaba.

El clavicordio en el que tecleaba una de las brujas ahora sonaba más alegre. Dos de ellas se cogieron de las manos y comenzaron a saltar.

Yo también sentí deseos de saltar y, de pronto, en un ramalazo de raciocinio, me dije a mí misma que aquello no era normal.

Se rompió una botella. Produjo una explosión que nos ensordeció a todos y volvimos a reír. La realidad se había transformado en un sueño fantástico en el que me sentía ingrávida y tenía muchos deseos de reír.

Creo que comí con voracidad, todos lo hacíamos y bebimos con ansia.

Saturn Rophiel, el que estaba más sereno, trató de demandar atención, pero sin mostrarse exigente. Parecía satisfecho.

—Esta noche, hace doscientos años y en este mismo lugar, Nathaniel Rophiel fue quemado vivo por brujo. La chusma le acusó de brujo. Prepararon la hoguera con un tronco vertical al que fue encadenado y luego ardió, ardió mientras todos lanzaban conjuros contra él…

Seguíamos riendo, comiendo y bebiendo. Nadie parecía tomarse en serio lo que estaba contando Saturn Rophiel.

—Nathaniel Rophiel era mi tatarabuelo. Los Rophiel hemos cuidado de que no se pierda el árbol genealógico de nuestra familia. Mi bisabuelo y sus hermanos huyeron para no ser quemados vivos junto con su padre. Dejaron pasar unos años y regresaron a este lugar. La gente apenas recordaba lo ocurrido, o no quería recordarlo, porque los Rophiel que volvieron lo hicieron con dinero, y los que llegan con oro siempre son bien recibidos.

Se creó un espíritu de venganza contra los que quemaron vivo a Nathaniel Rophiel.

Algunos lamentaron haber participado aquella noche lúgubre en

la muerte del Rophiel acusado de brujo.

A mí se me escapaban palabras de lo que decía Saturn Rophiel, apenas lo entendía y aquellas brujas infantilizadas, vestidas de negro, me parecían más delgadas y más altas.

Una de ellas se me acercó por la espalda y me cogió el cabello. Me quitó las horquillas y yo la dejé hacer. Luego, me dio un fuerte tirón que me hizo saltar las lágrimas.

Ella se rió estridentemente y los demás la corearon. Yo me eché a llorar como si fuera una niña.

Maximiliam, que reía y reía, me puso una copa de bebida en la boca y, entre sollozo y sollozo, fui bebiendo. Saturn Rophiel, como si no le importara que le escucháramos o no, seguía hablando:

—Pero la venganza por la muerte de Nathaniel Rophiel no se llevó a cabo de una forma cuidada y refinada hasta que yo mismo me ocupé de ella. Decidí celebrar las conmemoraciones y cada década reúno aquí a un grupo de personas como vosotros, personas que no se conocen entre sí o se conocen poco. Comen, beben, se convierten en bestias y entonces les ofrezco a uno de los descendientes de quienes asesinaron a mi tatarabuelo…

Los manjares pasaban de una parte a otra de la mesa, saltaban de sus recipientes y nos salpicaban las manos y los vestidos. Nos sentíamos embrutecer entre carcajadas.

Creo que me di cuenta de que estaba drogada y me puse en pie, llorando y riendo al tiempo que gritaba:

—¡Estoy drogada, estamos drogados!

Todos continuaron riendo y a Saturn Rophiel le importó muy poco lo que yo dije. Volví a sentarme para seguir bebiendo y comiendo, sin deseos de volver a protestar. Creo que ni siquiera volví a pensar que estaba drogada.

Luego, dos de las viejas pasaron con unos tarros y comenzaron a untarnos los cuellos sin que nos opusiéramos. Nos llenaban de algo cremoso y que olía muy mal, pero dejábamos que nos ungieran mientras comíamos, bebíamos y reíamos.

Saturn Rophiel mantenía su copa en la mano y a él las viejas brujas no se le acercaron, parecían temerle.

—Pago servicios especiales para que busquen a los descendientes de los que aquí estaban y son secuestrados. Para el mundo, desaparecen por completo, puesto que no se piden rescates.

»Son traídos aquí en cajas, bien encerrados, y luego los entrego a mis comensales, bien atados. La venganza lo dice: Ojo por ojo y diente por diente. Nathaniel Rophiel fue quemado vivo y su maldición cayó sobre sus asesinos y los descendientes de éstos.

»Formáis un grupo muy heterogéneo, diferenciado en sapiencia y estrato social. Sois ignorantes y muy intelectuales, algunos aseguráis conocer las ciencias ocultas y hablar con los espíritus. Constituís un grupo similar a los anteriores que fueron vengando la muerte de mi tatarabuelo.

»En cada conmemoración, un descendiente de aquellos asesinos fue quemado vivo por mis invitados. Es una sensación harto desagradable ser quemado vivo por un grupo de personas. No es como morir a balazos, súbitamente, atacado por sorpresa. Es diferente. Unos seres vociferantes y enloquecidos te sujetan, te encadenan a un poste sobre una pira de leña y luego le prenden fuego en la noche.

«Comienza a aparecer el humo y las llamas y se siente uno morir mientras los demás rodean la hoguera, chillando. Ése es el castigo que yo impuse a los descendientes de aquellos asesinos, puesto que a ellos ya no podía alcanzarles la venganza de los Rophiel. Sin embargo, ésta es una ocasión especial, especialísima... —siguió diciendo Saturn Rophiel mientras nos hallábamos inmersos en aquella orgía de gula.

Poco a poco, nuestra alegría se transformó en sensaciones desagradables. Las luces se oscurecían y aparecían imágenes fantasmales.

El propio Saturn Rophiel, a mis ojos, se fue haciendo más y más espectral. Era como pasar de un parque de atracciones a un ambiente demencial y lúgubre, una mezcla de cementerio y de lo que nos han contado sobre el averno de Satán.

Ya nadie reía. Todos nos lamentábamos o lanzábamos gritos espeluznantes. Yo misma sentí que mi garganta se irritaba de gritar.

—Hasta ahora han seguido la muerte de Nathaniel Rophiel dos hombres y una mujer, pero éste es el bicentenario y he pensado que la conmemoración de la muerte de mi tatarabuelo acusado de brujo debe de ser especial, muy especial. Venid todos conmigo.

Emitiendo aullidos lúgubres, formando una masa espectral, sucia y desagradable, le seguimos por el caserón hasta una especie de

celda cuyo cerrojo abrió Rophiel.

—Ahí está. Es un brujo auténtico, un brujo de la Amazonia. Ha sido cazado por uno de esos sicarios internacionales que se venden al mejor postor. Lo metió en una jaula y luego pasó mi avión a recogerlo. Lo trajo aquí y nadie se ha enterado, nadie sabe que este brujo jíbaro será a quien vosotros quemaréis esta noche en la hoguera.

»Vosotros seréis la sociedad, porque vosotros, con vuestra estupidez o soberbia, representáis a la sociedad. Aquí hay un banquero, un abogado, una secretaría, dos chicas de diversión, un médico psiquiatra, una parapsicóloga, una médium que habla con los muertos… Un nódulo completo, representativo de la sociedad. Ahí lo tenéis, es vuestro.

Está vivo y afuera tenéis una gran montaña de leña preparada. ¿A qué esperáis?

Irrumpimos en la celda.

Aquel hombre, sacado de la celda, comenzó a articular algo ininteligible para nosotros.

Estaba encadenado y fue arrastrado por el interior del caserón hacia el patio posterior.

Allí estaba la gran montaña de leña con un tronco vertical.

Las brujas reían y gritaban, y nosotros aullábamos, éramos como bestias sedientas de muerte. Éramos malignos, como poseídos por el demonio.

El brujo jíbaro fue golpeado salvajemente, subido a la montaña de leña y encadenado al tronco.

Por una ventana del caserón asomó la cabeza de Saturn Rophiel, desnuda de cabello. A gritos nos preguntó:

—¿Qué vais a hacer ahora?

—¡Quemarlo, quemarlo, es un brujo, es un brujo! —aullaron las brujas enlutadas, y nosotros las coreamos.

Aquel hechicero gritaba intentando soltarse de las cadenas sin conseguirlo.

Alguien puso a nuestro alcance velas encendidas y con ellas, más o menos torpemente, encendimos la pira. El fuego comenzó a rodear al jíbaro, que tras debatirse como una fiera que ansia salvarse como sea, quedó quieto.

Se resignó a su muerte y entonces, con voz ronca, oscura,

comenzó a canturrear algo mientras nos miraba intensamente a cada uno de nosotros.

Le gritamos lanzándole maderas que aún no ardían y el fuego se incrementó hasta rodearle por completo.

El infeliz hechicero se vio envuelto en humo, mas no dejaba de canturrear.

Saturn Rophiel era quien reía ahora desde la ventana al tiempo que exclamaba:

—¡Volvéis a quemarlo, volvéis a quemarlo, es un brujo y Nathaniel Rophiel también lo era!

Y reía a carcajadas mientras nosotros, mesándonos los cabellos, en medio de una noche que había dejado de ser fría, contemplábamos cómo aquel hombre se quemaba vivo. Y no chillaba de dolor, sino que canturreaba algo que no comprendíamos.

—¡Os sentiréis culpables, sois unos asesinos de brujos, asesinos! —repetía Saturn Rophiel.

Vi cómo aquel hombre se ennegrecía, su piel reventaba en horribles ampollas.

Caí al suelo y grité con todas mis fuerzas. Sentía el intenso calor de la hoguera y los demás corrían de un lado a otro. Habíamos retrocedido a tiempos pasados, estábamos quemando a un brujo vivo y, como si de pronto recobrara la lucidez, comprendí lo que sucedía y lancé un horrible grito. Grité, grité…

Tuvieron que sujetar a Babby. No sólo su rostro, sino todo su cuerpo estaba sudado.

El médico psiquiatra, amigo de Leonard Blade, miró a éste pidiéndole que se tranquilizara.

La joven dejó de gritar y quedó sumida en un profundo sopor, respirando fatigosamente.

—¿Crees que todo lo que ha dicho es verdad?

—Ella se ha sometido voluntariamente a la droga del pentothal sódico y ha sacado lo que tenía en su subconsciente y que su propio consciente ignoraba, aunque sabe que ha hecho algo malo que la tortura. Yo no sé si lo que ha ocurrido es cierto o no. La fiabilidad del pentothal sódico, aún con la aquiescencia del propio paciente, no es del cien por cien —opinó el galeno.

—Pero existe la posibilidad de que haya ocurrido todo lo que ha

contado.

El médico se quitó las gafas, estaban húmedas. Las secó y asintió con la cabeza.

—Pero no serviría delante de ninguna corte de justicia. Ella ha quedado como liberada del trauma psicológico al poder contarlo. Puede que luego este sentido de culpabilidad al haber quemado a un hombre vivo se le pase si halla comprensión, aunque de todos modos será una cicatriz que le durará toda la vida.

—¿Crees que puede haber vuelto loca a una persona todo lo que ella ha contado?

—Si ha tenido conciencia en algún momento de que estaba quemando a un hombre vivo, considero que sí, aunque a todos no nos afecta en el mismo grado un trauma psicológico.

—Pero el que está loco perdido es Saturn Rophiel.

—Por lo que Babby ha contado, sí, es un psicópata y peligroso, pero me temo que eso no es fácilmente demostrable. Hay dementes que sólo demuestran su psicopatía en determinados momentos y situaciones. Luego aparecen con las mentes más lúcidas y brillantes que pueda imaginarse.

—Pero algo habrá que hacer.

—Si mueves un solo dedo en contra de Saturn Rophiel, diciendo que es un psicópata peligroso, te caerá encima una legión de abogados, salvo que algún sicario te envíe a la Morgue con unos cuantos balazos.

—Habrá alguna otra forma de destruir a Saturn Rophiel y yo la encontraré.

—Nadie echará en falta a un súbdito extranjero como era ese supuesto hechicero jíbaro quemado vivo, no sabemos dónde. Lo que Babby ha revelado no es suficiente para que vayas a la policía y se lo cuentes Me temo que quien sería internada sería la propia Babby y no saldría jamás de un sanatorio psiquiátrico. El mundo de la psicopatía es muy oscuro, y, en esta rama de la medicina, dos y dos no son cuatro. Hay demasiadas opiniones encontradas y como en todas partes hay un Judas, si Saturn Rophiel busca a un psiquiatra Judas para que se encargue de Babby, sería una pena, porque la chica parece que vale. Todos tenemos tendencias y sólo falta que un profesional empuje a alguien hacia la tendencia que ya posee en su psiquismo. El resultado es una psicopatía irreversible.

—Lo malo es que hay otros seres en las condiciones de Babby. Mi hermano, por ejemplo, una chica que se llama Linda y otros, tengo una lista.

—Posiblemente sufrirán pesadillas por un profundo sentido de culpabilidad, más o menos consciente, tras esa especie de orgía macabra en la que un hombre fue inmolado.

Todos deberían de ser tratados por psiquiatras para borrarles ese sentido de culpabilidad, haciéndoles ver que no son culpables, puesto que fueron drogados y actuaron, según lo que ha explicado Babby, movidos por la voluntad de Saturn Rophiel.

—¿Y las cuatro mujeres enlutadas?

—Lo mismo pueden ser simbólicas que reales. Puede que sean locas auténticas o mujeres que representaran un papel estudiado de antemano, habría que encontrarlas para averiguarlo. Sin conocerlas, y sólo por lo que hemos sacado del subconsciente de Babby, no puedo emitir un juicio.

Leonard Blade se colocó un cigarrillo entre los labios. Tras encenderlo observó:

—Ya es bastante que Babby se haya ofrecido a este tratamiento para averiguar lo que ocurrió en aquella velada de brujas organizada por Saturn Rophiel. Ya voy más orientado, aunque hay demasiados cabos sueltos todavía.

—Si puedo ayudarte en algo, cuenta conmigo, aunque te prevengo que no será fácil acusar a Saturn Rophiel Ese hombre tiene muchos enemigos y nada pueden contra él.

—Lo sé, pero aquí hay algo más, hay cosas que no encajan. ¿Por qué ir eliminando con arañas a los que asistieron a la fiesta?

—Puede ser que tenga miedo de que le descubran, de que ocurra lo que acaba de suceder, que uno de los que estuvieron en aquella especie de *Sabbat* lo delate. Si los elimina, él queda a salvo.

—Eso es cierto; sin embargo, algo no encaja, no encaja…

Miró a Babby que, tendida en el acolchado diván del psiquiatra, dormía más sosegada.

La crisis había pasado, pero su rostro aparecía perlado de sudor.

Leonard sacó un pañuelo doblado cuidadosamente y comenzó a secarle el sudor. La muchacha abrió los ojos y le miró. Sonrió y volvió a cerrar los párpados.

CAPÍTULO XI

La viuda Witman parecía soportar bastante bien la muerte de su marido, quizá porque el trabajo de ésta no le permitía en vida dedicar demasiado tiempo a su esposa o porque el escaso tiempo libre lo empleaba con otra chica más joven.

Lo cierto era que la viuda Witman heredaba la fortuna del banquero que, sin ser muy poderoso económicamente, dejaba un sabroso legado y un Banco que funcionaba solo, gracias a los ejecutivos altamente cualificados que poseía.

—¿Por qué quiere hacer un reportaje sobre la muerte de mi esposo? Ya salieron las necrológicas en todos los periódicos y el entierro fue bastante concurrido.

—No trato de hacer un simple reportaje, señora Witman, es algo muy especial.

—¿Muy especial y no se ha traído fotógrafo? ¿Acaso tengo que ir a un estudio fotográfico para que me hagan las fotos? ¿Será en colores o en blanco y negro? Tendré que vestirme de blanco, ¿verdad? También es color de luto y sienta mejor que el negro.

Leonard Blade observó a aquella mujer, más interesada en su vanidad que en la publicidad que pudiera proporcionarle el reportaje publicado en alguna conocida revista.

Quería salir fotografiada, que su dolor quedara reflejado, pero al propio tiempo que se la viera atractiva y elegante.

Leonard Blade hubiera dado media vuelta y salido de la mansión del difunto banquero de no tener tanto interés en su muerte. Después de todo, para el multimillonario Saturn Rophiel, Witman no sería más que un banquerillo al que utilizaba en negocios en los que él no deseaba dar la cara, por eso Witman había aceptado asistir a la cena conmemorativa del bicentenario de la muerte de un brujo en la hoguera.

—Estoy muy interesado en conocer el motivo de la muerte de su esposo. Creo que deberíamos comenzar el reportaje por ese punto.

—Pues, ¿de qué puede morir un banquero? De cualquiera de las tres «C». Lo más elegante es el corazón, en la carretera quedan muy desfigurados, y el cáncer no me gusta.

Mi madre murió de cáncer y también una amiga. Fue horrible, horrible.

Leonard Blade tuvo que soportar algunas desagradables descripciones. La viuda Witman, pese a ser cincuentona, hablaba con una voz chillona que molestaba al oído, y supuso que Witman no se habría casado con ella por amor sino por interés económico o social.

—Resumiendo, señora Witman, ¿su esposo murió de…?

—Corazón, fue una muerte rápida y fulminante. La verdad es que últimamente estaba muy mal, padecía *surménage*. Tenía unas grandes ojeras, dormía mal pese a que tomaba muchos somníferos.

—¿Pesadillas?

—Sí, eso, pesadillas. Yo cerraba la puerta de intercomunicación entre nuestras alcobas porque se ponía a gritar y no me dejaba dormir. Conque uno tuviera pesadillas era suficiente. ¿No cree, Leonard? ¿Le molesta que le llame Leonard?

—Oh, no, claro que no.

—Tome un cigarrillo y *whisky*, es especial. Lo hacía importar mi marido desde una pequeña aldea escocesa. No es de factoría, sino de fabricación artesana, como debe de ser el auténtico y puro *whisky* escocés.

El reportero aceptó el cigarrillo. Aguardó a que la mujer llamara a la camarera y se dispuso a saborear el auténtico *whisky* escocés, pero aquella viuda no le caía simpática.

—¿Y no sugirió a su esposo que visitara a un psiquiatra?

—Sí, tenía uno fijo. Me lo habían recomendado hacía tiempo y había ido a algunas sesiones, pero últimamente no quería ver a ningún psiquiatra. Decía que le dejara en paz y que no me metiera en sus asuntos. Era muy brusco. La verdad es que su padre ganó el dinero comenzando de la nada y su educación dejaba bastante que desear. En fin, yo, como me crié en el Sur y luego recibí educación en Suiza…

De nuevo, la mujer comenzó a hablar de sí misma. Leonard

Blade pensó en los glaciares suizos y en lo bien que podía quedar una mujer congelada dentro de ellos, con la boca cerrada.

—Pero el doctor, ¿qué ha certificado?

—Veo que está muy interesado en la muerte de mi esposo. Tengo el certificado de defunción y el forense coincidió en lo mismo. Como hay una importante herencia de por medio, los métodos legales se imponen, pero el médico de la familia ya me advirtió que estaba enfermo del corazón. Me he quedado sola, no tengo hijos y los sobrinos, que son doce, han aparecido por aquí como buitres. Una amiga me ha contado que si yo muero, ellos me heredarán y, la verdad, me da miedo. Algunos son melenudos de ésos y cualquiera sabe lo que se les ha metido entre pelo y pelo.

—¿Podría darme la dirección de su médico, señora Witman?

—Sí, claro, cómo no. ¿Quiere alguna dirección más? La verdad es que ésta ya la sabe.

Se rió, como diciéndose que era tonta.

—Puede volver cuando quiera, Leonard, pero tráigase al fotógrafo. Bueno, no siempre…

—Sí, señora Witman, muy bien, señora Witman… —decía Leonard Blade mientras tomaba notas—. ¿Y cuál es la nueva dirección de su esposo?

—¿La dirección de mi esposo, pregunta?

—No lo habrán incinerado, ¿verdad?

—Oh, no, nosotros somos católicos, irlandeses, por eso uso el negro como luto, aunque me han recomendado el blanco, sienta mejor, aunque hace un poco gorda. ¿Usted qué opina? Habrá entrevistado a tantas mujeres.

—Sí, a Sophia Loren, a Jacqueline y a alguna que otra princesa de por ahí.

—Oh, y también me entrevista a mí.

—Aún no me ha dicho dónde está la última morada de su esposo.

—Cristo, qué insistente es usted con la última morada. Ni que quisiera ir a hacerle una visita.

—Es que voy a hacérsela.

—Pues me niego, yo no quiero salir fotografiada en el panteón. Es horrible, lúgubre y macabro. Además, no es de mi familia, sino de la familia de los Witman. Si hubiera sido el panteón de mi

familia, sería distinto, es más, ¿cómo le diría?

—¿Elegante?

—Eso es. Es usted tan, tan sutil, tiene ese toque y es joven. Oiga, ¿estaría mal visto que me llevara a cenar a alguna parte? ¡Me he quedado tan sola!

—No creo que se haya quedado sola, señora.

—¿Ah, no? ¿Con quién me he quedado, entonces?

—Con otra viuda —replicó poniéndose en pie.

—¿Otra viuda? No entiendo —dijo mientras él se dirigía hacia la puerta del saloncito, sin esperar a que nadie le acompañara.

—Pues de una viuda negra, negra como usted, claro que ella tiene ocho patas.

—¿Se ha vuelto usted loco?

—No, señora Witman. La viuda negra de la que le hablo es una araña y me temo que su esposo no ha muerto del corazón, sino a consecuencia de la picadura de ese bicho que debe de andar suelto por la casa.

Hizo un gesto significativo con la mano, moviendo sus dedos a modo de patas y la viuda Witman se puso a chillar, abriendo sus brazos como si le faltara la respiración.

Un rato más tarde, el teniente Hattaway le escuchaba con más paciencia que interés.

—Vamos, Blade, el certificado de defunción es por duplicado, no hay razón para pensar otra cosa.

—En este caso, sí, y creo que sería imprescindible buscar a esa araña en la casa del banquero Witman. Conozco al hombre que ha perdido esa viuda negra y él podría buscar en la casa con más probabilidades de encontrarla que ningún otro, pues conoce sus costumbres. Más problemático será si deciden desinfectar la casa por completo como hicieron con un cottage.

—¿De esa chica llamada Laura? —preguntó antes de llevarse a la boca un medio cigarro chupado y apagado, pero que de cuando en Cuando quitaba de entre sus labios, como si realmente lo estuviera fumando.

—El fiscal va a estar muy interesado si le telefoneas contándole lo que te he dicho.

—Pero si es cierto que ha muerto por la picadura de una araña, y tú sabes que existe esa araña, nos encontraremos que tendremos

que llevar el caso a una corte para que dictamine si ha sido accidente o hay posibilidades de que sea asesinato.

—Me inclino por esto último.

El teniente Hattaway le miró sin parpadear. Acercó su mano al teléfono, lo descolgó y, sin marcar ningún número, exigió:

—Póngame con el fiscal. —Mientras aguardaba oír la voz del otro lado del teléfono, apuntó con su índice grueso y duro a Blade y le amenazó—: Si te equivocas, voy a crearte problemas, Blade. No permitiré que un reportero me ponga en ridículo.

El fiscal se puso al otro lado del aparato y tres horas más tarde cuatro automóviles se encontraban en el cementerio, aparcados frente al panteón familiar de los Witman.

El cielo se había encapotado y la tarde moría prematuramente, como acortada por unas nubes que presagiaban nevada. Hacía frío y todos los hombres llevaban abrigos o gabardinas con gruesos forros de aislamiento térmico.

El fiscal llegó con el propio juez. Allí también estaba el médico forense, muy ceñudo y preocupado, pensando que iba a costarle el puesto si se había equivocado. El médico de la familia Witman se mostraba suficiente y aparentaba seguridad y paternalismo.

Su colega el forense le miraba de reojo, pensando que quizá se había dejado influir, firmando demasiado aprisa el certificado de fallecimiento.

También estaban los funcionarios del cementerio, el teniente Hattaway y Leonard Blade.

No había fotógrafos en aquel lugar y la puerta del panteón, que era de bronce y muy recia, seguía cerrada.

—El cadáver no tenía ningún signo de violencia —dijo el médico forense por si alguien quería escucharle, mas nadie le prestó atención.

Todos miraban hacia la prolongación del camino asfaltado y el forense ajustó mejor el sombrero sobre su cabeza cana. Tenía frío.

Al fin apareció un «Mercedes Benz» automático, modelo «Embajador». Se detuvo frente al panteón y de él se apeó un chófer con gorra.

Abrió una de las portezuelas posteriores, pero por ella sólo salió una voz chillona protestando:

—¡Esto es un abuso, ese hombre me ha tomado el pelo, es un

embaucador! ¡Y no quiero ver a mi marido, me dan miedo los cadáveres!

El juez se acercó al automóvil y con voz persuasiva le dijo:

—No es preciso que usted pase al interior del panteón, señora Witman, pero debe de estar presente, son las formalidades.

—Está bien, pero no quiero salir de mi coche, hace mucho frío. Cierra la puerta, Peter.

Tras un movimiento de asentimiento por parte del juez, un funcionario de uniforme abrió el panteón. Tuvieron que encender linternas y el teniente Hattaway pidió al chófer del «Mercedes» que, puesto que se hallaba detenido y encarado frente al panteón, encendiera las potentes luces del automóvil para iluminar el interior de la tumba.

Peter, el chófer, hizo lo que le pedían y los faros introdujeron sus potentes haces de luz en el panteón.

Allí había varios féretros. Uno de ellos se notaba mucho más nuevo que los otros. El funcionario lo señaló con la mano y el juez, que tenía la llave, pidió:

—Bájenlo al suelo. Los médicos tendrán que examinarlo y sacar alguna muestra si hace falta.

—Con esta luz, buscar una picadura de araña… —se lamentó el forense.

El ataúd fue bajado de su emplazamiento y depositado en el suelo cuidadosamente.

El juez tenía la llave de la familia, aunque había otra en el cementerio. Giró ésta personalmente en la cerradura, pues el caso parecía importante dada la personalidad y herencia del muerto. Al fin, se abrió la tapa.

—¡Dios mío! —exclamó el mismísimo juez, viendo lo que ni siquiera jamás le había pasado por la imaginación.

Todos palidecieron. El teniente Hattaway parpadeó repetidas veces para constatar que sus ojos no le gastaban una mala pasada.

Leonard observó aquel espectáculo macabro: un cadáver con la cabeza seccionada limpiamente y que contrastaba horriblemente con el resto del cuerpo por su pequeñez.

Era una cabeza reducida, momificada por algún experto reductor de cabezas humanas.

Tenía una expresión de espanto, los ojos abiertos y la boca

también, pero por ésta se introducía una larga aguja de cabeza negra que ensartaba la cabeza en mitad de la almohada.

Era un cadáver maldito, como condenado a perpetuidad. El rostro momificado expresaba el horror de su propia muerte. Repugnaba mirarlo.

—¿Qué significa esto, Blade? Tú sabías algo —gruñó en voz baja el teniente Hattaway, aunque sus palabras pudieron ser oídas por todos dentro del panteón.

Leonard miró hacia el exterior. Nevaba ligeramente, sin viento. Hacía mucho frío y los copos eran finos. Era como introducirse súbitamente en una galaxia plagada de miríadas de estrellas que caían en el espacio infinito.

—Creo que este hombre ha muerto por una picadura de araña viuda negra. Los doctores podrán comprobarlo.

—Bueno, pero lo de la cabeza… ¿Qué hacemos ahora? —preguntó el médico forense nervioso, mirando al juez.

Éste se encaró con Blade.

—Usted parece saber mucho de esto. ¿Se trata de algún crimen ritual?

—No lo sé todavía, sólo tengo sospechas.

—Pues tendrá que explicarse, Blade, o le acusaré de complicidad en un asesinato.

—Vamos, juez, me destetaron hace tiempo. Usted no tiene que amenazarme de nada.

Yo les he traído aquí para que descubran la verdad. Si fuera cómplice, haría todo lo contrario. Ah, tengo algo para usted. No he querido dárselo a la señora Witman, me temo que es muy impresionable.

Y sacó de su bolsillo otra cabeza reducida, que tendió al juez, pero éste retiró su mano instintivamente y la cabeza cayó al suelo.

Todos se apartaron de ella, como temiendo que les pudiera hacer algún daño. Tras la primera reacción, fue el teniente Hattaway quien se inclinó y la recogió entre sus manos.

—Es idéntica a la del ataúd.

—Idéntica, no —corrigió Blade—. Me temo que la del ataúd es auténtica y la que yo he traído sólo es una copia en plástico. No es difícil obtenerla si se ha tenido en la mano el original. Se le saca un molde de yeso y luego se compra plástico del tipo que se reblandece

con el calor hasta licuarse. Se vierte en el molde y así se saca una copia en plástico.

—¿Y el pelo? —preguntó Hattaway.

—Se compra una muñeca y se le quita el pelo para ponerlo en el lugar que corresponde de esta lúgubre imitación. Por supuesto, hay que buscar una muñeca con el pelo adecuado. Por lo visto, el artista cuida todos los detalles.

El teniente Hattaway miró al juez interrogante y éste preguntó:

—¿Y quién es ese artista?

—Cuando lo sepamos habremos descubierto al asesino, pero les sugiero que si desean atraparlo, pues es material, físico y no un espíritu vengativo, no hagan publicidad de lo que aquí ha ocurrido. Si esto sale en la prensa van a tener muchos problemas y será el negocio de los psiquiatras, pues se van a centuplicar los casos de histerismo.

CAPÍTULO XII

Aplastó con su propia mano la tierra de la jardinera tras apartar ligeramente la nieve que se había posado en parte de ella, pues el alero que protegía la terraza impedía que toda ella se llenara de aquella fina nieve que seguía cayendo en medio de la oscuridad de la noche, unos copos pequeños y suaves que al recibir la luz eléctrica brillaban, convirtiéndose en algo bello que atraía las miradas de quienes se escondían tras los cristales de las casas.

Regresó al interior del *living*-room, cerrando prontamente la puerta del ventanal corredizo.

Al volverse vio a Babby que vestía un pijama negro, de brillante seda negra, con un dragón bordado en color amarillo y actitud rampante.

Babby tenía el cabello suelto. Su faz estaba algo demacrada y, aún en contra de sí misma, no podía dejar de aparecer hermosa y atractiva a los ojos del hombre.

Las miradas de ambos coincidieron en la jaula que pendía de un báculo fijo. La jaula estaba vacía.

—Será mejor que corra los cortinajes —dijo Leonard, dando por sentado que ella había adivinado que él acababa de sepultar al pájaro de Venezuela, Un pájaro gordezuelo y rojo que ya no cantaría más.

Pero su espíritu podía transformarse en la belleza de unas rosas escogidas junto a cuyas raíces había quedado enterrado.

—Me encuentro muy fatigada.

Babby se sentó y él se le acercó. Tomó un cigarrillo de los suyos, lo encendió y lo pasó a los labios femeninos, que aceptaron el pitillo con naturalidad. Poco después, por entre la carnosa boca de la mujer, brotaba una columna de humo.

—Todo pasará.

—Es demasiado fantástico para que pase. Como dice el poema oriental, soñé que era una mariposa que se posaba en una flor y ahora no sé si soy una mariposa que sueña que es mujer o una mujer que sueña que es mariposa.

—Será mejor dejar la filosofía a un lado; es muy buena, por supuesto, pero este caso hay que tomárselo de otra forma. Tenemos unos problemas en nuestras manos y hay que encontrarles solución.

—Puede que llegue demasiado tarde.

—No seas pesimista, Babby.

—¿Cuántos han muerto de los que asistimos a la cena del caserón?

—No es tan importante saberlo.

Ella sonrió con amargura.

—No quieres que me aterre, ¿verdad? Tú sabes más de lo que me has contado, Leonard.

—Trato de ayudaros a todos porque os hace falta. No es que yo sea un tipo superior, pero tengo la ventaja de que no estoy en la lista de los malditos ni influenciado por aquella horrible noche que vivisteis a la fuerza por la locura de Saturn Rophiel.

—Rophiel es muy poderoso. Jamás podrás demostrar que hizo tal cosa.

—Esa cantinela es la que vengo oyendo a todas horas. «Rophiel es poderoso, Rophiel es invulnerable; si ataco a Rophiel, me destruirá…».

—Y no te engañan.

—Todos tenemos un fallo, un talón de Aquiles, y Rophiel no será una excepción.

—Pero no lo conoces.

—Claro que lo conozco.

—¿Ah, sí, cuál es?

—Su neurosis.

—Eso no es suficiente, ningún médico se atreverá a afirmar que Rophiel está loco.

Contra el que hiciera tal cosa se opondría una legión de psiquiatras pagados por su organización que demostrarían lo contrario, aunque fuera falso.

—No es por ahí por donde pienso atacarle, sino por su propia neurosis.

—Entonces, no te entiendo.

—Lo importante es que ahora te repongas, que recuperes fuerzas y te prepares a luchar.

—Luchar, ¿cómo?

—Tengo un plan.

—¿Para qué?

—Para acabar con todas esas muertes, con vuestras pesadillas.

—¿Y con las arañas?

—También.

—¿Y las cabezas reducidas?

—Sí.

—¿Cuál es ese plan?

—Volver al caserón de los Rophiel.

—Imposible —replicó ella, moviendo negativa e insistentemente la cabeza, como si aquel proyecto no tuviera viabilidad alguna.

—Hay que hacerlo. Sólo en el caserón se puede conseguir el esclarecimiento de la verdad.

—No cuentes conmigo, Leonard. Estoy dudando entre quedarme aquí y poner dobles cerrojos en la puerta o irme al aeropuerto, pagar doscientos dólares en taquilla y que me den pasaje para donde mejor le parezca al vendedor.

—La huida no es solución.

—Siempre creí que era combativa, que tenía un espíritu agresivo, pero ahora lo he perdido y me temo que si supiera más cosas, esas cosas que tú ya debes de haber averiguado, tendría mucho más miedo aún. Lo siento, a lo peor te he defraudado, pero soy una mujer, no pienso como un hombre.

—Si lo dices porque los hombres nos metemos en la guerra, a mí no me gusta la guerra.

—Puede ser, pero tú eres un luchador nato.

—¿Tú crees?

—Eso se nota, sólo los imbéciles no se dan cuenta de ello, pero una mujer o cualquier otro luchador se da cuenta, cada cual por un motivo bien distinto.

—¿Y a ti te gusta que sea así o no? —le preguntó extendiendo sus manos para cogerla por la cintura, notando la suavidad de la seda.

Babby le expulsó el humo del cigarrillo lentamente hacia la

mitad de la cara.

—¿Por qué pides que me defina, es lo que estás acostumbrado a ver en las películas de vanguardia?

—¿Tú eres de las que prefieren que sea el varón quien se defina primero?

—Soy feminista, pero siempre hay matizaciones, no soy radical. Es más bonito que sea el varón quien exprese su deseo, en cierto modo es un impulso biológico.

—Entiendo, como cuando el hombre cromañónico perseguía a su hembra para llevársela consigo. Y después dirán que hemos avanzado mucho en la civilización.

—Leonard, estás desviando la conversación.

—Quiero tranquilizarte.

—Me da la sensación de que estás seguro de que yo haré todo lo que me pidas.

—Pues sí, en lo que atañe a la vuelta al caserón de los Rophiel.

—¿Nada más?

—No creo que sea el momento idóneo para pedirte nada más.

—Quién sabe, a lo mejor me tranquilizas —ironizó Babby—. Debes de tener mucha experiencia con las mujeres.

—La suficiente como para no alardear de ello.

—Muy ingenioso.

La atrajo hacia sí y ella tuvo un principio de resistencia. A través de sus dedos, él notó que el cuerpo femenino se endurecía, se tensaba, pero luego cedió y pudo besarla en los labios.

Lo hizo, con suavidad y largueza. Ella mantuvo los ojos cerrados hasta que él dio por terminado el tercer beso. Al fin, notando sus labios encendidos, ella preguntó:

—¿Me sepultarás al pie de un rosal como al cardenal venezolano?

—No digas tonterías.

—Es que yo no tengo panteón familiar donde ser enterrada. Siempre había pensado que lo mejor es la incineración, pero después de haber visto el amor que has empleado para sepultar al pájaro…

—Tú morirás de viejecita y rodeada de biznietos.

—¿Biznietos?

—Sí. Eres muy joven y yo…

—¿Tú qué?

—Verás, no me gusta perder el tiempo.

—Oye, oye, que tú te animas muy pronto.

—No te lo tomes a mal, ya tengo unas licencias matrimoniales.

—¿Cómo?

—Sí, las traigo en el bolsillo.

Ella, que se había apartado un tanto de él, le miró parpadeante.

—No lo dirás en serio, ¿verdad?

—No hablo en broma.

Se echó a reír. Era la primera vez que reía desde la cena del caserón.

—Qué ladino eres, Leonard. De modo que ése es tu truco.

—¿Mi truco, qué quieres decir? —preguntó mostrándole los impresos para rellenar.

—Pues que cuando quieres conseguir los favores de una chica, le enseñas esos papelotes, la enterneces y logras tus propósitos de inmediato. Muy astuto, y qué ingenuas somos las mujeres.

—Te equivocas, Babby. Para ir tras de ti no me haría falta esto.

Rompió los papeles delante de ella y la miró de tal forma que Babby saltó por encima del sofá y corrió a encerrarse en su cuarto.

Él llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Vete, Leonard, vete! Te agradezco lo que tratas de hacer para librarme de las pesadillas, pero será mejor que te vayas.

—No tengas miedo y abre la puerta.

—Ahora no puedo.

—¿Por qué, has perdido alguna llave? No veo que esta puerta tenga cerradura, en todo caso algún cerrojo interior.

—No puedo abrirte la puerta porque tú ya has roto los papeles.

—¿Te refieres a los permisos matrimoniales?

—¿A qué, si no? ¿Cuánto *whisky* has tomado esta noche?

—No lo sé, uno o dos tragos. ¿Es que cuando vivamos juntos vas a controlarme el *whisky* que tome antes de acostarme?

—Te estás precipitando, Leonard, yo no digo que piense casarme contigo. A tu hermano también le gusto.

—Él está con Linda.

—Pero tú no querrías que después de casado tu hermano mirara siempre con deseo a tu esposa, ¿verdad?

—Me parece que quien ha bebido demasiado eres tú. Abre la

puerta.

—No he bebido. Tú me has narcotizado y Rophiel también. ¡Uaaah! Todos me narcotizan, al final tendré que rebelarme.

—Tienes derecho a ello. Ahora, abre la puerta, debo hablar contigo.

—No me fío, tienes los ojos muy brillantes.

—Cerraré los ojos —aceptó él con tono resignado.

—¿Por qué no hablamos mañana?

—Porque mi plan se va a poner en seguida en marcha, hay que mover a demasiada gente, cariño.

—¿Cariño? ¡Lo ves, tú no estás sobrio!

—Sobrio de alcohol, sí, pero sobrio de amor estando a tu lado, es imposible. Sin embargo, seré buen chico, te miraré como el alumno que adora a su maestra sin atreverse a tocarle la punta del vestido.

Ella abrió la puerta.

Los dos se miraron fijamente y terminaron besándose.

Las amenazas, reconvenciones, promesas y exigencias, cayeron en el pozo del olvido nada más cruzarse sus miradas a través del umbral de la puerta recién abierta.

CAPÍTULO XIII

Babby caminaba nerviosa bajo la marquesina del aeropuerto deportivo que daba acceso al campo de aterrizaje. Estaba llegando la hora crucial.

Linda y Maximiliam Blade habían llegado ya, estaban juntos y hablaban animadamente, quizá para quitarse el miedo de encima. Ambos habían aceptado regresar al caserón de los Rophiel.

Llegó al campo un automóvil particular que buscó sitio bajo la marquesina para quedar a cubierto de una posible nevada, puesto que aquella noche no nevaba ya. El campo había sido limpiado por las máquinas quitanieves.

Del coche se apeó la figura alta y elegante del doctor Wagner, que caminó hacia ellos embutido en una gabardina clara.

Casi inmediatamente llegó un autotaxi y de él se apeó una figura menuda que llevaba una trenca con la capucha puesta sobre la cabeza, protegiéndola del frío. Era la parapsicóloga Carla.

Se saludaron tratando de infundirse mutuamente calor, pero reinaba una frialdad que la imponían más los hechos sucedidos que el gélido aire que les envolvía.

—Ya es la hora —observó Maximiliam Blade, mirando su reloj fosforescente.

—Quizá no venga nadie más —opinó Babby, con una desesperanza no exenta de nerviosismo, un nerviosismo que trataba de controlar. No estaba segura de poder resistir todo aquello hasta el final.

—¿De quién ha sido la ocurrencia de enviar las cabezas de plástico? —preguntó de súbito el doctor Wagner.

Babby, mostrándose sorprendida, inquirió:

—¿Usted también las ha recibido?

—Sí, he recibido varias y es una broma de mal gusto. ¿Es obra

de alguien de ustedes o del propio señor Rophiel, nuestro anfitrión?

—¿Quién cree que haría una cosa semejante? —preguntó Carla, la parapsicóloga.

—En fin, no quería venir esta noche, veo que faltan otros —rezongó el médico.

—Será mejor que vayamos hacia la Pipper —sugirió Maximiliam Blade.

—Sí, nos estarán esperando en el caserón.

Un aparato, con los motores en marcha, rodó sobre la pista del aeropuerto, acercándose a la marquesina mientras sus luces de señalización parpadeaban visiblemente.

Subieron al aparato. Sólo eran cinco de los diez que lo habían ocupado la vez anterior y el ambiente distaba mucho de ser el mismo.

Los tripulantes del lujoso avión particular apenas hicieron ningún comentario al ver las caras largas de sus viajeros. Ellos, al parecer, estaban al margen de todo.

—¿No va a venir nadie más?

Babby miró hacia la puerta y, a través de ella, la marquesina. Después dijo:

—Podemos despegar, ya estamos todos.

—Tomen asiento y sujétense los cinturones. Vamos a emprender el vuelo.

El capitán de la nave pidió permiso a la torre de control. Luego, tomó la pista y emprendió el vuelo tras rodarla con sus poderosos neumáticos.

El viaje se hizo más largo y tenso que la vez anterior. Se miraban, pero las palabras que entrecruzaban apenas pasaban de monosílabos.

A medida que se acercaban al punto de destino, la tensión aumentaba en ellos. Al parecer, y según creía la propia Babby, sólo ella, a través de la intervención del psiquiatra amigo de Leonard, había averiguado lo sucedido la noche de la cena en el caserón, pues era un recuerdo que, por haber ocurrido todo en un período en el que se hallaban drogados, había quedado en sus subconscientes.

Miró al doctor Wagner y se preguntó mentalmente: «¿Lo habrá averiguado usted también?».

El hombre le sonrió y ella correspondió fríamente. Después,

observó a Maximiliam, pero éste se hallaba entretenido mirando a Linda y particularmente una zona muy opulenta de su anatomía.

Le dio la impresión de que la parapsicóloga Carla ocultaba algo dentro de su abultada trenca. Todos ellos llevaban ropas de abrigo que, pese a haber aire acondicionado dentro del aparato, no se habían quitado. Era como si aquella ropa gruesa pudiera protegerles de algún peligro. Quitárselas era como mostrar algo de desnudez.

—Sujétense los cinturones de nuevo, vamos a tomar tierra.

Babby, lejos de obedecer, se acercó a la cabina de los dos tripulantes de la Pipper y preguntó:

—¿Cómo van a poder aterrizar ahí abajo si todo está negro? Son pantanos o ciénagas, ¿no es eso?

—Sí, señorita, son ciénagas —asintió el comandante, que la conocía bien, pues Babby había viajado en múltiples ocasiones en aquel aparato como secretaria personal de Saturn Rophiel.

El copiloto, señalando uno de los sensores que tenía delante, explicó:

—Es un aparato de detección de infrarrojos láser.

A ambos lados de la improvisada pista de aterrizaje hay emisores de infrarrojos colocados como si fueran focos. A simple vista no se ven, pero el sensor los capta con toda fidelidad y nos marca la situación en la pantalla de televisión.

—Es un equipo muy moderno.

—Lo tienen incorporado muchos aparatos de guerra. Así localizan las baterías de cañones antiaéreos. Basta con que se caliente la boca de un cañón para que lo localice.

Mire, mire la pantalla.

Apareció una doble hilera de luces rojizas en la pantalla y una especie de figura luminosa, simulando ser el avión, oscilaba entre las dos líneas. El comandante la iba centrando moviendo los mandos del aparato, y así se colocaron en situación.

—Sujétese, señorita. Eso que hay abajo no es precisamente una pista de aterrizaje, hay muchos baches.

Babby no tuvo tiempo de sentarse y se vio sacudida mientras las ruedas de la Pipper tocaban el asfalto deteriorado de la carretera abandonada.

Cayó, pero lo hizo sobre una amplia butaca tapizada con piel de marta. Al fin, el aparato se detuvo.

—Hemos llegado. ¿Cómo se encuentra, señorita?

—Bien, bien, no me he roto ningún hueso.

—Debió hacerme caso. Si otro día hace lo mismo, puede tener un disgusto.

—Lo tendré en cuenta —respondió Babby al joven y experto comandante, que ella sabía era padre de cinco hijos.

El doctor Wagner abrió la puerta y automáticamente emergió la escalerilla frente a ella. Descendieron del aparato. Allí, el frío era más intenso, porque además había una gran humedad. La niebla semejaba congelada.

Babby había tomado una linterna y caminaron por la carretera. Al fondo estaba el viejo y siniestro caserón que ahora, debido a la densa niebla, ni se veía.

Pero a medida que se acercaban, pudieron ver una luz tenue, una luz que la niebla se encargaba de difuminar haciéndola espectral.

La puerta del caserón estaba abierta y, como la vez anterior, se encontraron con las cuatro brujas enlutadas que, como puestas de acuerdo, comenzaron a bailar al corro, unidas de las manos y cantando a voz en grito una canción infantil en algún idioma desconocido.

—Bien venidos a la mansión de los Rophiel —dijo una voz que para todos ya era conocida.

Saturn Rophiel, vestido de frac, con la cabeza desnuda de cabello al descubierto, les recibió ignorando a las cuatro brujas que cantaban infantilizadas.

Sus gritos altisonantes no parecían molestarle en absoluto. La escena era esperpéntica.

Babby sintió deseos de echar a correr hacia el avión. No estaba segura de haber obrado bien al aceptar aquel juego por segunda vez.

—Señor Rophiel, ¿también nos tiene preparada una cena en esta ocasión? —interrogó el doctor Wagner.

—Me da la impresión de que no les apetece cenar. ¿No es así, Maximiliam Blade?

¿Verdad, Carla? Babby, veo que faltan invitados a la reunión.

—Los que usted ha asesinado —acusó la joven, nerviosa.

A Saturn Rophiel se le heló la sonrisa en la boca. La miró

fijamente y, acercándose a ella, la abofeteó en la cara.

—De modo que has sido tú, ¿eh?

—¡Suéltela! —exigió Max, sin acercarse demasiado.

El doctor Wagner objetó:

—Su conducta es deprimente, Rophiel.

—No cuando lo sepan. Ella me envió esto con un anónimo, desafiándome a que reprodujéramos la cena. Por eso lo he preparado todo como la vez anterior, incluida la Pipper. Yo lo acepté como un reto.

—¿Y qué es lo que le envió?

Rophiel se volvió hacia las brujas y ordenó:

—Enseñádselo.

Las cuatro se encararon con los recién llegados y mostraron cuatro cabezas reducidas, cuatro cabezas sin cabello e idénticas. Las cuatro tenían la imagen de Saturn Rophiel.

—¡Suélteme, Rophiel, me lastima!

—Y yo que tenía plena confianza en ti, Babby. Me has traicionado.

—Usted es un psicópata que nos ha traicionado a todos. Nos drogó durante la cena para que nos degeneráramos como seres humanos, convirtiéndonos en bestias infernales para quemar vivo a aquel pobre hombre. En cuanto al anónimo, no se lo envié yo y tampoco las cabezas.

—Aquel hombre era un brujo —replicó Rophiel.

—Un infeliz de la selva.

—Pagué a un cazador de fieras para que me trajera a un brujo y, al parecer, le salió mejor ir a buscarlo a Sudamérica que a África o Asia y a mí, ¿qué me importaba? Quería un brujo, eso es todo.

—Él era una persona como usted, como yo. No podía hacer lo que hizo. Fue un crimen, aunque nosotros lo quemáramos por usted, pero estábamos drogados, sin voluntad.

—¿De qué está hablando, Babby? —preguntó el doctor Wagner.

—¿Acaso usted no lo recuerda, doctor? —se asombró Babby.

—¡Cállate! —Le ordenó Rophiel—. No entiendo cómo lo has recordado. Utilizamos fórmulas secretas sacadas de los libros de mi tatarabuelo Nathaniel Rophiel, no debías recordar. ¿Cómo lo has hecho?

—Es usted tan loco como malvado, Rophiel.

—Los malvados sois vosotros. Enseñasteis a los Rophiel que había que quemar a un brujo. Quemasteis a Nathaniel Rophiel y, ahora, quemáis a otro brujo. Yo sólo os lo he hecho rememorar para que siempre os sintáis culpables. Vosotros sois la sociedad, los puritanos.

—Apártese, señorita —le pidió el doctor Wagner a la vista del rostro desencajado de Rophiel y observando en él, como médico que era, los síntomas de una locura evidente.

—¡Suélteme!

—¡No! Él era un brujo y quiero saber la razón de todo ese juego de las cabezas reducidas, porque me las enviabais cada vez que moría alguien. ¿Por qué, por qué? —rugió Rophiel.

—Para que lo tuvieras presente.

Quien había hablado, de forma extraña, ausente, era Maximiliam.

Todos le miraron. El joven acababa de sacar una caja de plástico de su abrigo y, abriéndola, arrojó su contenido sobre la figura de Saturn Rophiel.

Babby vio las arañas sobre el cuerpo de Rophiel cuando éste la soltaba. Gritó con todas sus fuerzas, echándose hacia atrás cuando una de las arañas trataba de saltar del hombre a la mujer.

Dos de los arácnidos treparon hasta el cuello del multimillonario, inoculándole su veneno.

—El jíbaro era un brujo —dijo la parapsicóloga— y debió de lanzar una maldición.

—Que recogió Maximiliam —opinó el doctor.

—¡Yo me vengo de mis asesinos, reduciré todas vuestras cabezas, moriréis todos como ahora muere él!

Y Maximiliam señaló a Rophiel que, con el semblante desencajado, doblaba las rodillas y caía al suelo, retorciéndose en él, mientras las arañas se dispersaban.

El doctor aplastó a una de ellas con el zapato. Carla y Babby quisieron correr, pero Max las cogió por los brazos. Era como si, de repente, hubiera cobrado una fuerza hercúlea, impropia de su constitución.

—¡Quieto, Max! —gritó Leonard, apareciendo en la puerta del caserón.

—¡Leonard, Leonard, está embrujado! —gimió Babby.

—Hay que tener cuidado. Está loco y dominado por otra mente —advirtió el psiquiatra.

—¡Max, obedéceme, suelta a las mujeres!

—¡Yo no soy Max, no te conozco! Yo pertenezco a la selva. Curo a quien me lo suplica y castigo a quien lo merece, y todos aquí lo merecen. ¡Reduciré vuestras cabezas!

—Max, tú no eres el brujo jíbaro. Eres Maximiliam Blade, mi hermano —le dijo Leonard acercándosele.

Max soltó a Carla, pero no a Babby, y de uno de sus bolsillos extrajo una aguja larga y negra que apoyó en el cuello de la joven.

—¡Márchate, desconocido! Tú no estuviste aquí, ellos sí.

—Max, recobra tu lucidez. El brujo debió de influir poderosamente en ti cuando lo estaban quemando. Buscó la mente más débil o más influenciable y se topó con la tuya.

Dios sabe cómo grabó en tu mente el mensaje de su maldición. Tú, como Maximiliam Blade, no sabrías reducir cabezas humanas y tampoco cómo tratar a esas arañas que robaste. El brujo, evidentemente, tenía un gran poder mental, un poder que te traspasó a ti como buen receptor que sin duda eres. Te lo puede confirmar el doctor Wagner, que es psiquiatra.

—¡La maldición debe cumplirse, nadie puede escapar a ella, ni las viejas! —clamó, refiriéndose a las cuatro esperpénticas mujeres que seguían sosteniendo en sus manos las cabezas de plástico preparadas por Leonard Blade con ayuda de un escultor y unos cuantos dólares para pagar a éste. Aquellas cabezas, junto con la nota anónima, habían constituido su cebo para Saturn Rophiel, con objeto de que éste les reuniera de nuevo en el siniestro caserón.

—¡Apártese, Blade, nosotros nos encargaremos de él! —anunció una nueva voz.

Era la del teniente Hattaway, que acababa de aparecer acompañado por unos policías armados.

—Todo ha sido una trampa, pero yo la mataré a ella —rugió Max con la aguja apoyada en el cuello de Babby.

Comenzó a retroceder, llevando consigo a la joven, que gritó asustada.

—¡Aguarden, puede matarla a ella! —Advirtió Leonard.

—Se la va a llevar y estamos rodeados de pantanos. A usted le costó localizar esto y averiguar que Rophiel había tenido cuatro

hermanas mayores que él de las que no se sabía nada.

—Las hermanas están ahí, teniente, todas locas como el propio Rophiel, que si en momentos de su vida era un genio para los negocios, estaba tarado mentalmente como toda su familia. Él retenía a sus hermanas en este caserón.

—Están como cuatro cabras —rezongó el teniente con la pistola en la mano.

—¡Leonard, no me abandones, Leonard! —gritó Babby.

—¡Max, mamá te llama! —exclamó súbitamente Leonard.

—¿Mamá? ¿Dónde está mamá?

Por un instante, Leonard había logrado romper el sometimiento mental de Max ante la fuerza de un recuerdo poderoso, puesto que Max había sido siempre muy cuidado por su madre, quien le había mimado extraordinariamente.

—¡Corre, Babby!

Max quedó solo cerca de la puerta por la que quería desaparecer. El teniente disparó su pistola contra él y los policías hicieron otro tanto. Max recibió varios balazos, se tambaleó, pero echó a correr riendo y llorando.

—¡Vamos tras él! —gritó el teniente.

Leonard abrazó a Babby y la retuvo. Prefirió no presenciar la agonía de su hermano.

El teniente Hattaway corrió hasta un patio posterior donde había preparada una gran pira de leños. Max trepó por ella hasta abrazarse a la estaca.

—¡Quietos! —Pidió el teniente a sus hombres—. No puede hacer nada, está tocado de muerte y no lleva revólver.

De pronto, Max encendió un mechero.

La pira olía a gasolina. Saturn Rophiel, en su locura la había preparado para castigar a quien había de castigarle a él, y la hoguera se encendió casi con una explosión.

El fuego rodeó, por completo a Maximiliam, que tembló envuelto por aquellas llamaradas que disolvieron la niebla en un gran radio de acción.

Los hombres de la ley, sobrecogidos, vieron incinerarse vivo, cargado de balazos, al ejecutor de la maldición del brujo jíbaro.

Con su muerte, muchas cosas quedarían ocultas para siempre, sin que nadie pudiera hallarles una explicación científica.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE, RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts